

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

CON CENSURA Y APROBACIÓN ECLESIASTICA

Se publica los días 1 y 15 de cada mes

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACION: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, n.º 5, Barcelona

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

En España é islas adyacentes, Portugal, Cuba y Puerto-Rico. 14 ptas. al año.
 En los demás puntos de América, y las islas Filipinas y el Extranjero. 20 id. id.
Advertencia.—Los señores Corresponsales fijarán los precios en los puntos donde el cambio sobre Europa haya sufrido notable alteración.

ADVERTENCIAS

No se admiten subscripciones por menos de un semestre en España y Portugal y de un año en Ultramar y Extranjero, comenzando por Enero ó por Julio.
 No se atenderá subscripción alguna cuyo importe no se haya anticipado por medio de libranza, letra de fácil cobro, ó de otro modo sencillo y seguro.
 Los números sueltos se venden á 75 céntimos.
 Se insertarán anuncios á 25 céntimos la línea.

SUMARIO

TEXTO

CORRESPONDENCIA. — *Tche-Kiang*: La Obra de los niños mutilados é incurables de Ning-Po.

Mysore: La Obra de los parias de Bangalore.

LAS ORDENES MONÁSTICAS EN FILIPINAS.

LOS SALESIANOS EN EL PARAGUAY.

EN LOS RÍOS DE MONDA. — XII, Permanencia en el pueblo. — Descanso. — Influencia de nuestros aprendices.

— XIII, Evore-d'Hule. — ¡ Un artista no comprendido!

DE TOMBUCTU Á LAS BOCAS DEL NÍGER. — II, De Rhergo á Ansongo. — Entre los tuaregs.

RECUERDOS DEL CATOLICISMO EN EL TONKÍN. — V, Los Dominicos en el Tonkín. — Relaciones de la Francia con el Tonkín.

LA LEPROSERÍA DE PONDICHERY.

LA FIESTA DE JANUAY EN ILOILO.

COMO SE CONQUISTA UN PUEBLO.

BOSQUEJO HISTÓRICO DE LAS MISIONES FRANCISCANAS EN

LA PROVINCIA DE SANTA FE. — XIX, Reducción de San Javier.

CRÓNICA. — Jerusalén. — Chang-Tong Oriental. — Italia.

VARIEDADES. — El día de un misionero (conclusión).

SUBSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.

CUBIERTA. — Lea, ó la cruz triunfante (continuación).

GRABADOS

SAN ALFONSO RODRÍGUEZ, S. J.

SEVERIDAD MONÁSTICA.

TIPO SONGHAI.

VISTA DE "LA BAMBA."

COLUMNA DEL TRIUNFO EN CÓRDOBA.

VISITADORES IGOUADDAREN.

DOS APRENDICES DE LA MISIÓN.

CHINA. — Cristiandad de la Misión del Chang-Tong Oriental.

LEA

O LA CRUZ TRIUNFANTE

por MATILDE BOURDON

(Continuación)

—No sé; no me atrevería á juzgar esa matrona rodeada siempre de magos y agoreros; pero me parece que Antonia tendría un corazón dócil á la fe; pues desprecia las falsas divinidades y halla gusto en oír contar los heroicos combates de los Mártires.

—Y la jóven Lea ¿te parece si esta bien dispuesta por la fe?

—No, abuela; los errores del Paganismo han oscurecido su razón, y por esta causa quisiera iluminarla y convencerla. ¡Si pudiese tenerla aquí, á mi lado! vuestras palabras llegarían al fondo de su alma, abuela, mía!

—¿Qué medio encuentras, querida Constancia? Lea está bajo la custodia de la noble Cornelia.

—Dios proveerá, abuela; por mi parte ruego á la santa virgen Inés, que tanto poder tiene cerca de Jesús, que me ayude á sacar á Lea de la idolatría y convertirla á nuestra fe. ¿Rogaréis vos también, abuela?

La Emperatriz sonrió con alguna tristeza y respondió:

—Rogaré, ruego mucho por mi hijo, por sus hijos, por mi hija Fausta... ¡Ay! ¿quién sabe si será oída? Pido para aquel á quien Dios se ha revelado y al cual ha dado el Imperio, un corazón verdaderamente cristiano, libre y limpio de pasiones; pido para mis nietos una inviolable fidelidad á Jesucristo; pido para Fausta un alma recta y un corazón puro... temo por ella, temo los errores del entendimiento y los desórdenes del corazón...

Constancia había bajado los ojos.

—Querida abuela, dijo al fin, oremos juntas, oremos sin intermisión por todos los que acabais de nombrar; por Fausta, que ocupa el lugar de mi difunta madre, y por Lea... Si alcanzo lo que deseo, ofreceré una corona de lámparas á la bienaventurada Inés.

La dulce Constancia debió rogar mucho, pues el dedo de Dios preparó los sucesos humanos conforme á sus votos.

Tiempo hacia que los mayordomos de Cornelia la instaban á que fuese á visitar sus posesiones de Africa, tan vastas que parecían una provincia, y se extendían desde Alejandría hasta las montañas de la Lybia.

Cornelia, indecisa mucho tiempo, resolvió al fin emprender este viaje; había oído decir que las ciudades del Egipto contaban un gran número de sabios, y que en los desiertos que se extienden al Sur habitaban solitarios muy hábiles en descubrir lo futuro. Estas relaciones despertaban su curiosidad; confiaba que los astrólogos de Alejandría y los ermitaños de Scetas le revelarían algunos de los secretos de la naturaleza, que descorrerían á su vista el velo que ocultaba los acontecimientos futuros, y ávida de esta ciencia, resolvió partir.

Antonia y Sexto con un numeroso séquito de libertos y esclavos debían acompañarla; y en cuanto á Lea, que no podía ni quería seguirles, aceptó gozosa la invitación que le hizo la princesa Constancia.

El día en que Cornelia dejó su apacible retiro de Tibur, Lea fijó su morada en el palacio de Letrán.

XI

EL HIJO DEL EMPERADOR

Hacia diez meses que Lea vivía al lado de Constancia, tranquila, confiada y aun feliz; no obstante, los votos tan puros que todos los días se elevaban al cielo por su salvación no eran oídos. Asistía como testigo impasible y vigilante á la vida de la Princesa y de su augusta abuela, vida santa y caritativa que parecía un comentario del Evangelio; pero esto no producía efecto alguno en su espíritu. El don divino de la fe no había iluminado todavía aquella alma; resistía á los secretos toques de lo Alto y a los ejemplos y delicadas exhortaciones de su amiga; observaba, y como acontece á los corazones no reblandecidos por la gracia, resistíase contra los saludables ejemplos y las virtudes, cuya grandeza no podía sin embargo negar.

CORRESPONDENCIA

TCHÉ-KIANG (China)

La Obra de los niños mutilados ó incurables de Ning-Po

Gustosos publicamos la siguiente correspondencia de la Hermana Gilbert, Hija de la Caridad, superiora del Hospital de San José en Ning-Po. Contiene interesantes detalles y se recomienda por sí misma la súplica que dirige á los lectores de las *Misiones Católicas*.

Si me dejara guiar por los impulsos de mi corazón, ni un solo mes pasaría sin remitir correspondencias, relatando todo cuanto ven mis ojos. ¡Pobres chinos, cuán dignos son de lástima! Quiero hablarlos hoy de los enfermizos, de los niños mutilados, de los ancianos que pululan por China. Estos desgraciados encuéntranse solos, sin nadie que los ame, que los cuide, que procure salvarles. ¡Ah, bien quisiera saber relataros su miseria, su sufrimiento y desamparo!

I

Acabo de admitir diez nuevos desgraciados jóvenes, cuyas enfermedades detallo á continuación.

El primero de ellos es un ciegucecito de seis años, quien manifiesta su alegría con mil y una monadas. Ciego como es corre todo el edificio, y con toda verdad puede decirse que se encuentra en su casa: en otro tiempo no le faltaron malos tratamientos.

El segundo ha sido un niño mártir. Tiene nueve años, pero á juzgar por su aspecto no llega á los cinco, tan grandes fueron sus pasados sufrimientos: su cuerpo es un esqueleto. Sus piernas están paralizadas, viéndose imposibilitado de andar. Cuando su padre me lo ofreció comprendí en el acto que no aceptarlo sería la muerte de la infeliz criatura. Si lo vieses mis queridos bienhechores no podrían contener las lágrimas...

Es el tercero un infeliz idiota de nueve años, el cual después de una fiebre tifoidea perdió por completo la razón. Sólo sabe comer y andar: grita y mira á todos con ojos atontados. Conocido su estado tan miserable, inútil es añadir que el Paganismo procuró deshacerse de él cuanto antes, y que su padre nos lo entregó sin retribución.

Mucho mejor está el cuarto, pero sus piernas son

tan arqueadas que nadie puede apartar de sí un sentimiento de profunda tristeza siempre que le ve andar; para acudir al refectorio vese obligado á tomar dos banquetas, é ir pasando de la una á la otra. ¡Pobre niño! está como un rey desde que vive bajo el techo de San José. Pasa la mañana estudiando con ardor el Catecismo, y por la tarde aprende á hacer encajes.

Es el quinto un desgraciado enfermo privado de casi todos los sentidos. Sordo, mudo, ciego, tiene sin embargo muy clara inteligencia y comprende su situación. Solo una semana ha transcurrido desde que vino entre nosotros, y está ya habituado por completo. Su padre, fiero pagano del campo, al entregar su hijo no pudo contener las lágrimas. Para consolarse dijo:

—Dentro algunos años vendré á la casa de los viejos para hacerme cristiano como mi hijo, y moriré en vuestra casa, Hermana, para que vos salvéis mi alma.

El sexto es tiñoso, huérfano de padre y de madre. Tiene casi perdida la vista, y la mayor de su desgracia es que todos sus parientes son muy malos. Decíame, llenos de lágrimas sus ojos, que su tío habíale pegado de tan bárbara manera que le era de todo punto imposible volver á su casa. Yo lo recibí con los brazos abiertos, prometiéndole permanecería siempre en la nuestra.

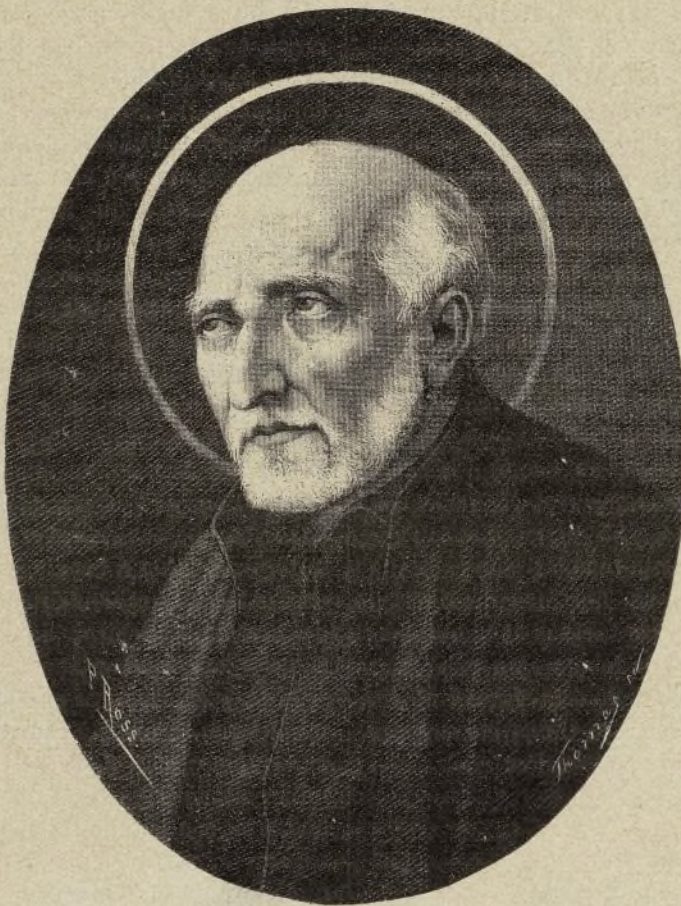
Es el séptimo un pobre niño que empezaba á trabajar; pero sobrevinole una enorme excrescencia de carne en la boca; sus amos lo despidieron. Estoy contenta de él; muestra muy buenas disposiciones.

Los tres últimos son los más interesantes. Su

madre, muy pobre y viuda, creyó que lo mejor que podía hacer era confiármelos para que los educase en la Religión católica, asegurándome que también ella quiere adorar al verdadero Dios.

II

Quiero hablar también de los pobres enfermos: ¡obra admirable! Por ellos es por los que solicito generosos donativos que me proporcionen medio de albergarlos, alimentarlos, vestirlos y consolarlos... ¡Son tan desgraciados!... Actualmente tengo cinco, cuya sola vista causa honda pena. Bien quisiera aliviarlos, pero carezco de recursos para ello; sólo la caridad cristiana puede proporcionarme medio de atender á todas las de-



SAN ALONSO RODRÍGUEZ, S. J.

mandas. Cerrar la puerta del cielo á una alma pagana, sería un crimen para una Hija de la Caridad venida á la China con el único fin de hacer amar á Dios.

Ved aquí, expuesta con toda sencillez, la situación de los cinco nuevos enfermos. Tres tienen las piernas sin ningún movimiento; el cuarto una pierna llena de escrófulas y además está casi ciego, y llora al ver que es una carga para todo el mundo; el quinto es ciego y casi idiota. Actualmente estos cinco enfermos están en el hospital, pero no pueden permanecer siempre en él, pues sus enfermedades son incurables y es preciso dejar sitio para los que vayan llegando.

Para estos cinco enfermos es preciso un dormitorio, y para construir el dormitorio es preciso dinero, dado con esta intención. ¿No es cierto que puedo esperar llena de confianza en que depositando mi demanda en manos de la Virgen, cuya fiesta vamos á celebrar, obtenga medios para edificar una sala para cuarenta enfermos, y un dormitorio para sesenta ancianos que hace largo tiempo esperan ser admitidos? ¡Imposible me es en este momento contestar con un *si* lleno de felicidad, y que anuncie el remedio de todos estos infortunios, pues no tengo ni un solo lecho ofrecido para este fin!

Fácilmente puede comprenderse mi dolor; él aumenta á proporción del número de ancianos que para ser admitidos se presentan. Pido, pues, que exponga mi demanda á los lectores de su periódico, los cuales nunca me han desoído, puesto que, según dicen, tengo la suerte de ser la Hermana privilegiada en las *Misiones Católicas*.

Complázcome repitiendo que en este hospital las conversiones son numerosas. A sus subscriptores débese la gloria y el mérito.

Los ancianos que actualmente tenemos son cada día más devotos. Durante las tardes del Mes de María á las seis menos cuarto acudían presurosos al templo para oír con atención y respeto la instrucción religiosa. Espero que este homenaje tributado á la Virgen María en este pagano país, atraerá sobre la China las mejores de las gracias, las gracias de la conversión.

MYSORE (Indostán)

La Obra de los parias de Bangalore

La siguiente carta escrita por el R. P. Baulez, de las Misiones Extranjeras de París, misionero de Pondichery, expone una idea que alienta en el alma de dicho Padre: anhela establecer una Obra de niñas, para lograr la salvación de toda una casta.

DIEZ años han transcurrido, era el 1888, cuando publiqué en las *Misiones Católicas*, edición francesa, bajo el título de *Lettres à ma sœur*, una serie de artículos sobre los parias. Tiempo hace que me dirijo la pregunta de si sería posible hacer con los parias lo que se ha hecho con los indios de casta, gracias á los abundantes frutos obtenidos por la instrucción y la educación.

Sabido es que en todas las diócesis de la India poseemos un gran colegio en el cual los indios reciben esmerada instrucción. Desgraciadamente sólo los *tamulers* pueden en ellos ser admitidos pensionistas. Permítase á los parias la asistencia á las clases, pero

en manera alguna ser internos. Los jóvenes brahmas y otros niños de casta frecuentan estos colegios, y si un solo paria fuese admitido en el internado, los *puros* huirían como un solo hombre y quedaría todo acabado. A los amigos de los derechos del hombre les causará lo dicho singular admiración. Algunos preguntarán: «¿Y los niños cristianos?» Los niños cristianos *de casta* harán lo mismo que los niños paganos, y los menos elevados en la escala social serán indudablemente los primeros en huir. ¿Obrarán mal? De ningún modo. En la India es preciso razonar de esta manera. En tanto continúe la India siendo lo que actualmente es, los *tamulers* tendrán necesidad de su casta. La aman, y tienen razón: los niños nobles de nuestros países aman también la pequeña parte de nobleza que tienen.

Fácil es, pues, comprender que pasarán algunos siglos antes que los parias puedan, sentados en la misma mesa, compartir la comida con la gente de casta. Pero si los parias comiesen juntos, en familia; si al lado del colegio donde se les enseñan las combinaciones de la química, los artificios del álgebra y se les da completa instrucción, viesan elevarse su propia casa con un director amante y que á ellos consagra su vida enseñándoles á orar y á parecer á los brahmas... creo yo que ellos se juntarían, y lo que es más esta unión la ha ya realizado un celoso misionero.

En Bangalore contemplé esta maravilla. Está aún en embrión, pero sólo demanda ser impulsada. El P. Auecouturier acometió la empresa como él sabe hacerlo. El Ilmo. Kleiner le dijo: «Adelante,» y él emprendió el camino. Al lado del espléndido colegio construido y dirigido por el P. Vissac los parias han levantado *su casa*: en ella tienen sala de estudio, refectorio y dormitorio. Asisten á las clases del colegio, terminadas las cuales regresan á su edificio, siempre bajo la dirección del director, quien les ha consagrado su existencia, su saber y su corazón.

Esta hermosa obra que empieza es la realización de mi antiguo ideal. En Bangalore he contemplado cosas admirables; pero nada me conmovió tanto como esa humilde Misión y estos niños que, despreciados de los hombres, son en ella formados con tanto celo en la práctica de las virtudes que dan el cielo, y en las ciencias que elevan á la humanidad. Este es el *pauperes evangelizantur*, que siempre fué señal inequívoca de la Iglesia de Jesucristo y la noble ambición de los Apóstoles.

Alguien ha comparado los brahmas al sol, el cual si llegase á verse rodeado por el torbellino de alguna inmensa nebulosa arrastraría tras de sí el mundo de sus planetas y satélites.

«Cuando siguiendo su marcha á través de las edades la Iglesia cobije á los brahmas bajo su bienhechora esfera de acción, planetas y satélites, sudras y parias serán arrastrados irresistiblemente.»

Por mi parte debo decir que creo más probable que si el pobre Febo se aventurase entre las nebulosas sería él el arrastrado, como lo fueron en remotos tiempos los nobles y los sabios, los reyes y los emperadores cuando los sencillos, los pequeñuelos recibieron al Divino Verbo y adoraron la Luz.

Pero dejémonos de teorías: el brahma se vale de la ocasión, pues que le basta la tierra. Después de largos siglos la Iglesia le invita al festín del cielo, y él prefiere las rupias de la Reina. El paria es el que necesita de Dios: pues los hombres lo han relegado á tan baja esfera, que sólo Dios puede regenerarlo. La verdad, triste, sí, pero verdad al fin, es como sigue: cien brahmas graduados de bachiller son cien paganos, cien esclavos del diablo. Cien parias instruidos pueden el día de mañana ser buenos cristianos, fieles hijos de la Iglesia.

Estos niños que crecen al rededor de un pobre misionero saben mil veces más que estos jóvenes imberbes que sonríen al oír el nombre de cristiano. Que sus hermanos de Europa los ayuden, que la caridad recompense su fe y sostenga su esperanza, y dentro breve tiempo, convencido estoy de ello, los más espléndidos resultados coronarán la abnegación de los maestros y la generosidad de los bienhechores.

¡Lectores de las *Misiones Católicas*, apiadaos de estos pobres niños! Gratis se les da la instrucción, pero ellos necesitan arroz, vestidos, libros costosos y un sin fin de menudencias cuyo coste elévase al fin del año á considerable suma. Algunos padres pueden pagar, pero la mayor parte hállanse imposibilitados de ello. Precisan, pues, algunas bolsas bien llenas y varias á medio llenar.

No es para mí por quien me preocupo, ni es tampoco para las obras de mi parroquia. Esto es lo que me da valor para mendigar: es por Dios por quien yo extiendo mi mano. Soy como viejo *perro* que pide dinero para su señor: Él es quien dijo: «Dejad venir á Mí los niños.» *Para la obra del P. Aucouturier... Dios os lo pagará.* Y Dios lo pagará, cierto estoy de ello. Creerán estos pequeñuelos, rogarán por sus bienhechores, sus oraciones son siempre escuchadas, y si un vaso de agua se paga en el Banco del cielo, ¿cómo quedarían sin recompensa estas pesetas destinadas á dar ciencia y virtud á los tiernos amigos de Jesús?

LAS ORDENES MONÁSTICAS EN FILIPINAS (1)

A fructibus eorum cognoscitis eos. (S. MAT. VII, 16).

I

Los pueblos como las instituciones, semejantes á las olas del insondable mar que, ora majestuosas y serenas, rizando el cristal de las aguas, besan con mansedumbre las riberas del puerto, ora imponentes y embravecidas se estrellan en la dura roca, lanzando al viento sus penachos de espuma y arrastrando en su pujanza cuanto encuentran á su paso, tienen también sus alternativas y transiciones: el flujo y reflujo de las pasiones humanas que, inspiradas en los sanos principios

(1) Este artículo ha sido publicado en una Revista extranjera en Octubre de 1897.

del deber y la razón, ó en las disolventes ideas del *non serviam* satánico, ya producen esas conflagraciones sociales á cuyo soberbio empuje crujen los Estados, se bambolean los tronos y se disuelven las comunidades y las familias, ó ya difunden la felicidad y el bienestar por doquiera, fecundizando con la savia de sus leyes y el hábito de sus virtudes lo mismo los grandes centros de actividad que el tugurio humilde del rústico aldeano.

Tal ha sido en el transcurso de los siglos la historia de todas las naciones, y la historia también del valiente pueblo ibero. Cuando el espíritu cristiano informaba las altas esferas de la gobernación del Estado y estaban forjadas las leyes sociales sobre el yunque inmovible de la verdad, la nación española era el emporio de la civilización, la dueña y señora de los mares, la reina de las naciones, que no sólo imponía el yugo de su voluntad soberana á los pueblos europeos, sino que podía hacer, en expresión de un poeta contemporáneo,

Frenos para sus caballos
Con los cetros extranjeros.

Basada sobre los sólidos principios que hicieron inviolable la monarquía de Isabel la Católica y del Gran César Carlos V; robustecida con la unidad religiosa, piedra fundamental sobre la cual descansa el edificio social de las Constituciones y los Estados; iluminada con los vívidos fulgores de la fe católica procuraba ensanchar el vasto horizonte de sus dominios, donde ya no se ponía el sol, para implantar el emblema santo del Crucificado allí donde el cocodrilo tenía sus altares y la planta del hombre civilizado no había osado penetrar. Por eso la vimos brillante y esplendorosa, trazar en el siglo XV nuevo derrotero á las naciones civilizadas con el prodigioso descubrimiento del nuevo mundo, y la vemos también llevar á cabo á mediados del siglo XVI la conquista más estupenda que registra la historia, sin otras armas que el lábaro santo de la cruz, y sin otro prestigio que la caridad cristiana y el gobierno más paternal y desinteresado.

Las conflagraciones sangrientas en que arden hoy desgraciadamente para mengua del nombre español esas bellas porciones de la Corona de Castilla que se llaman la *perla del Oriente* y el *diamante del mar de las Antillas*, ponen la pluma en nuestras manos, no para censurar las arbitrariedades y desaciertos de un Gobierno egoísta y utilitario, ni para estudiar las causas que han motivado las desgracias que todos deploramos, sino para poner de relieve á los ojos de los más *miopes progresistas* el influjo benéfico y humanitario que siempre han ejercido en bien de la Religión y de la patria las Ordenes monásticas en ese continente de la Malasia que tanto nos envidian los extranjeros, y que es sin duda alguna el más rico florón de nuestras glorias.

II

El 25 de Noviembre de 1564 zarpaba del puerto de la Natividad de Nueva España una pequeña flota al mando del adelantado Legazpi y bajo la dirección del experto marino y humilde Religioso Fr. Andrés de Urdaneta. Grande, como pequeña la tripulación, era la

empresa que les animaba á surcar mares para ellos desconocidos, sin otra ambición que la gloria de Dios, y sin otro estímulo que el honor del pendón morado de Castilla. Cuatrocientos hombres próximamente, acompañados de cinco Religiosos Agustinos, se proponían sujetar á la obediencia del sabio Felipe II, alma de la expedición, nada menos que cinco millones de salvajes, habitantes del archipiélago descubierto por Magallanes.

La empresa sería descabellada; tal vez no encuentre explicación razonable en el límite de los conocimientos humanos; pero á quien conozca la historia de la nación española, no parecerá extraño que premie Dios la fe de un pueblo, todo abnegación, todo heroísmo, que sabe sacrificar sus más caras afecciones en aras de su Religión y de sus tradiciones venerandas:

Que es el amor de la patria
después de Dios, lo más grande,
la causa más justa y santa,

como ha dicho uno de nuestros poetas. Por eso, después de innumerables fatigas, vencidas las tempestades, y luchando á brazo tendido con el furioso empuje de los huracanes, arriban felizmente á la isla de Cebú, donde alienta el Señor su fe y consuela su corazón afligido con el hallazgo de un precioso Niño-Jesús, símbolo milagroso de la evangelización de aquel vasto Archipiélago. Y ved ya en aquel apartado país, en medio de una vegetación exuberante y lujuriosa, entre el estruendo de las olas que mueren á sus piés, y bajo los ardorosos rayos de un sol de fuego, á cinco humildes Religiosos, sin otro prestigio que sus virtudes y sin otras armas que la cruz, dando principio á la grandiosa obra que había de regenerar en la gracia y sujetar al dominio español cinco millones de indios y el territorio más productivo del Oriente.

La nación española, entusiasta y agradecida, guardará siempre en el relicario de su corazón, como la más rica presea de su pujante poderío y bélica arrogancia, la memoria de aquellos héroes de su honor y de su fe que, familiarizados con toda clase de privaciones y con todo género de trabajos, dieron á la Monarquía del Prudente Rey la gloria más legítima y la más honrosa conquista. Y cuando humillada y abatida, si Dios no la protege, coma el pan de la esclavitud y beba las lágrimas de la amargura, aún habrá labios españoles que pronuncien con orgullo los nombres inmortales de Legazpi y Urdaneta, de Aguirre y Rada, de Herrera y de Gamboa.

III

Extendida la conquista á la isla famosa de Luzón, y fundada la ciudad de Manila por el célebre Legazpi, era mucha la miés, y pocos los operarios de la viña del Señor. Forzoso fué á los hijos del Aguila de Hipona llamar en su ayuda á los no menos esclarecidos hijos del Serafin de Asís, de Santo Domingo de Guzmán y del ínclito Ignacio de Loyola, que con los virtuosos Agustinos Recoletos empezaron á trabajar todos, de común acuerdo, en la reducción de aquellas tribus selváticas al yugo suave de la gracia y al gobierno de Castilla.

No es nuestro ánimo seguir ahora paso á paso los

prodigiosos trabajos de las Ordenes monásticas en Filipinas. Tarea sería esta, á más de difícil, demasiado prolija para ser encerrada en los estrechos moldes de un artículo, escrito sin pretensiones al correr de la pluma, y sin otros datos que los suministrados por nuestra no muy envidiable memoria.

La actividad, siempre creciente, que en todas las épocas y circunstancias han desplegado las Corporaciones religiosas sin distinción en aquella perla de la Oceanía, es la nota característica que las señala y distingue de las demás instituciones humanas, y el monumento imperecedero que hará su apoteosis en los venideros siglos, cuando, sin honor, sin religión, sin nombre, lllore España la pérdida de aquellas islas... Díganlo sino esas comarcas que la mano del Religioso convirtió, de incultas y pantanosas, en fértiles y productivas para la industria y la agricultura; díganlo las investigaciones científicas con que enriquecieron el sagrado templo del saber humano tantos y tantos varones apostólicos, sin más instrumentos que su breviario, y sin otros estudios que la constancia y buen deseo de ser útiles á la humanidad y á la patria; díganlo también los templos y edificios suntuosos, los caminos, canales y puentes con que los Religiosos perpetuaron su memoria en el país de los terremotos y las pestes, como llama á Filipinas un ilustre académico; y díganlo finalmente tantos y tantos nombres, tantos y tantos hechos como guarda la historia, y que no podrán menos de reconocer aun los más refractarios al hábito religioso... Unos, penetrando en los bosques para suavizar las costumbres del igorrote ó del zambal, sellan con su sangre la doctrina del Evangelio; otros, enseñando los rudimentos de la civilización y el comercio, exponen una y mil vidas que tuvieran por el bienestar y prosperidad de los indígenas; éstos, á costa de infinitos sacrificios, introducen en el Archipiélago toda clase de productos y aplican á la agricultura varias artes; aquéllos, robando al sueño sus horas, hallan lenitivo al dolor del indolente indio; y todos, en una palabra, rivalizan en celo, y se afanan, y se multiplican, y se olvidan de sí mismos por convertir el archipiélago magallánico en emporio de civilización y riqueza para el Estado, y en escuela de moralidad y religión para la Iglesia católica... Ellos fueron—dígan lo que quieran los eruditos de doublé—los que llevaron el invento de Gutemberg á aquella perla de la Malasia montando la primera imprenta en Lubao; ellos los que cultivaron con más interés que nadie las lenguas del país; ellos los que escribieron las primeras gramáticas y diccionarios, y los que tradujeron del castellano obras y tratados de instrucción civil y religiosa para el pueblo; y ellos, finalmente, los que realizaron mil hechos desconocidos en la historia, y que su humildad apetece dejar ocultos al juicio de los hombres para la recompensa de Dios. Y en medio de las tareas apostólicas aún había cronistas y poetas que redactaban con toda escrupulosidad los anales del Archipiélago y se regocijaban con las musas, legándonos obras del más puro clasicismo, dignas por todos conceptos de ocupar un puesto preeminente en nuestra literatura. Y las ciencias y las artes, la mecánica y la agricultura, la medicina y la industria, todo florecía, todo se desarrollaba á la sombra augusta de la



SEVERIDAD MONÁSTICA

Ayuntamiento de Madrid

fe, gracias al generoso impulso de aquellos atletas del Cristianismo que, lo mismo en la paz que en la guerra, entre el contagio de la peste que entre el fragor de la metralla, en las catástrofes sísmicas y entre los horrores del huracán y el bramido de las olas, estaban siempre dispuestos á sacrificar sus vidas, á derramar su sangre por la causa santa de la Religión y la patria.

Pero la virtud relevante de los frailes; la prenda nunca desmentida que les hace acreedores á la admiración de propios y extraños, á las simpatías de los mismos indios, y á los encomios de todos los escritores, es el acendrado patriotismo de que han dado gallarda muestra en todas las ocasiones en que peligraba la integridad de la patria. Contempladles sino en aquella célebre conflagración preparada por los sangleyes en 1603, salvando la ciudad de Manila, y con ella la honra del pabellón español, de la horrible *San Bartelemy*, que ya parodiaban los prosélitos compatriotas de Limahon. Vedles más tarde ante la invasión inglesa (1762) defender á riesgo de mil peligros, hasta que logran salvarlos, el tesoro y los caudales públicos; luchar denodadamente al frente de los indios, y fundir las campanas de sus parroquias, como hicieron los Agustinos Calzados, para cañonear á los hijos de la soberbia Albión... Seguidles en el presente siglo, y os admiraréis de ver el patriotismo de los frailes rechazando los conatos de invasión con que el insaciable Emperador francés y la nación holandesa quisieron disputarnos nuestras colonias del Asia... ¿Qué más?... Si diligentes y activos fueron siempre los Religiosos en rechazar las agresiones exteriores, no lo fueron menos en descubrir y apaciguar los tumultos y rebeliones del mismo Archipiélago.

Cuando los naturales se amotinaron en 1820 contra los europeos extranjeros en Ripondo, los frailes, arregando á la muchedumbre agitada, lograron calmar los ánimos y evitar los asesinatos que se fraguaban. Ellos fueron también los que, descubriendo la conspiración de Novales, dieron la voz de alerta, que no quisieron escuchar las Autoridades superiores; pero cuando estalló la rebelión, allá fueron los frailes los primeros á interponer su influencia paternal con la cual consiguieron someter á los jefes principales... Y en 1836, cuando el mando del general Salán, atajan la revolución que intentaba el ejército peninsular; y descubren en 1841 las tramas que el indígena Apolinario fraguaba para hacerse coronar rey de las Indias, sin que les desanime el olímpico desdén de las Autoridades del Archipiélago, que no reconocieron su imprevisión hasta que en el campo de Tayabas vieron envalentonados á los insurrectos con la derrota sufrida por los españoles, y que hubiera costado nuestro dominio en la Malasia, á no ser el decidido apoyo, el patriótico valor y la enérgica acción de los frailes, ¡siempre de esos frailes contra quienes tanto se cacarea!... ¿Y qué diremos de los moros de Joló y de Mindanao? ¿Qué de los piratas y tulisanes, terror de aquellos países y constante pesadilla de los pobres indios? Que los frailes y solos los frailes, realizando mil hechos heroicos y desconocidos, han podido reducirlos y sujetarlos á la suave coyunda de la Autoridad y el Evangelio.

IV

Para conocer toda la importancia del Religioso en nuestras colonias del Oriente, es preciso conocer también la climatología, topografía, etc., del país, y el carácter y propensiones de la raza indígena.

Los que optan por la suplantación de las Ordenes monásticas—políticos de pacotilla, periodistas de relumbrón que buscan el medro é ignorantes de oficio,—ó desconocen lo uno, ó desconocen ambas cosas á la vez. El archipiélago filipino es y será siempre, según la frase feliz de Caro, el pueblo del crepúsculo, en oposición al día europeo y á la noche africana. Las islas Filipinas, que ellos (los ignorantes del país) quieren convertir en una verdadera Arcadia inoculando la plétora de libertades de que tanto alardean, no puede, no podrá nunca soportar ese petardo lleno de metralla que nos legó, como artículo de moda, la Revolución francesa, y que tanto pesa desgraciadamente sobre nuestra desdichada España. El es, sin duda, la causa de nuestros conflictos y calamidades; él, el baldón que amengua nuestro honor y merma nuestro erario; él, en fin, la chispa que encendió nuestras discordias en Cuba y Filipinas, y que nos hace recordar con pena el ingente poderío y bélica pujanza que hizo al león de España temible en toda Europa cuando, unidas en estrecho vínculo la cruz y la espada, realizaban el genio de la guerra y el genio del claustro, en todos los órdenes de la vida y en todas las esferas de la actividad humana las empresas más grandes y las más estupendas maravillas.

¿Y aún hay españoles desnaturalizados que difaman á las Corporaciones religiosas como rémora de la civilización y el progreso?...

¿Y hay todavía políticos tan obcecados que se atreven á afirmar que los frailes ya no tienen prestigio en Filipinas?...

¡Insensatos! El día, tal vez no lejano, en que dejen los Regulares de pisar el suelo filipino, son pocos cinco millones de españoles para contener en los límites del deber y en la sumisión á la madre patria los cinco millones de indios que han sabido sujetar hasta ahora un puñado de Religiosos. Sólo el prestigio moral del *Padre*, su solicitud incansable, su celo, su generosidad y su virtud pueden hacer del indio lo que no conseguirían seguramente ni los cañones de mayor calibre ni las bayonetas de filo más penetrante.

No es nuestra esta opinión; así lo han reconocido los escritores más conspicuos y los más ilustres pensadores, así también todos los generales que han regentado las Islas y los *touristas* nacionales y extranjeros que han visitado el Archipiélago. Si nos propusiéramos hacer una apología de las Ordenes monásticas, no sería difícil aducir por centenares los testimonios en que se encomia la abnegación y el heroísmo del Religioso en la civilización de aquellas razas indolentes y apáticas, y en que se reconoce la necesidad de tan valioso elemento (del fraile) para que continúe ondeando la bandera de Castilla en aquellas regiones del Pacífico; pero, temerosos de ser demasiado prolijos, sólo pondremos, como complemento de este pobre trabajo, algunos de

los muchos elogios que se han hecho, y que no han men- digado seguramente los Religiosos filipinos, antes al contrario, es evidente que tales declaraciones molestan su modestia y humildad, prefiriendo más vivir oscuros é ignorados que gozar del incienso y adulación de los hombres.

«Las Ordenes religiosas, dice el general Gándara, son para el Gobernador superior el medio de gobierno más eficaz y poderoso en la vida ordinaria del país, y sobre todo en las circunstancias graves.» Y el Sr. Relana (D. Wenceslao), conocedor, como pocos, del indio por su larga residencia en aquel país, no duda afirmar que «los frailes son el más firme sostén del predominio español en las islas Filipinas.»

Que los frailes han sido los civilizadores de aquellas degradadas razas, lo dice en breve frase el Duque de Allecón: «Los Religiosos han elevado al pueblo filipino al más subido punto de civilización.» Y el mismo Marqués de Estella, poco sospechoso de *frailismo*, en alocución dirigida en ocasión solemne á los filipinos, no tuvo empacho en llamar á los frailes «plantel de obre- ros, artistas y hombres de ciencia que nunca moriría.» Resumiendo el Sr. Comyn las alabanzas de todos en la sencilla pero enérgica y significativa frase que ha lle- gado á hacerse popular: «Las Ordenes monásticas cons- tituyen en Filipinas el *muelle real* de toda cuestión.»

A los que no cesan, en las presentes circunstancias, de morder más ó menos descaradamente el hábito de los Religiosos—tal vez porque no pueden otra cosa,— les remitimos á las palabras con que encabezamos estas mal pergeñadas líneas: Por el fruto se conoce el árbol, y por sus obras son también los hombres conocidos: *A fructibus eorum cognoscetis eos*.

Las Ordenes religiosas, continuando las glorias tra- dicionales de sus antepasados, hoy como ayer, despie- gan su actividad y su influencia en Filipinas; ora de- rramando su sangre generosa en bien de la Religión y la patria, ora descubriendo las tramas infernales de famosos *Katipunans*; ya fomentando la educación so- cial con orfanotrofios y establecimientos de enseñanza, ya en fin exponiendo en razonada tesis el remedio á los males que nos afligen, ó implorando la misericordia de Dios sobre nuestra desgraciada España.

Tres siglos de lucha en las fatigas apostólicas han demostrado á todos los Gobiernos y á los partidos po- líticos de todos los matices que la labor de los frailes en el archipiélago filipino es por sí sola suficiente para encauzar los ánimos de cinco millones de indios civi- lizados.

¿Qué importa, pues, que las furias infernales se con- fabulen para destruir la obra de Jesucristo?... Cuando los Religiosos filipinos no conserven de aquellas islas más que el nombre y la satisfacción de haberlas sacado de la ignorancia y la barbarie, con la cruz por báculo y el breviario por equipaje, aún tienen fe en Dios y va- lor en su corazón para predicar al universo mundo la doctrina del Evangelio, como les enseñó su Divino Maestro Jesús: *Ite in mundum universum predicate Evangelium omni creature*. (Marc. xvi, 15).

FR. MARTÍN BLANCO GARCÍA,

Agustiniano.

LOS SALESIANOS EN EL PARAGUAY

CON una fiesta del más amable carácter, á la vez que religiosa, cívica y social; con cuantos atractivos pudieran combinarse para su mejor éxito, se ha celebrado en Asunción del Paraguay la inauguración de las máquinas de imprenta en los talleres de la Es- cuela de Artes y Oficios allí establecida por los Padres Salesianos, merced á las gestiones de Mons. Lasagna (de venerable memoria), y del Dr. Alonso Criado, y me- diante el eficaz auxilio de muchas personas ilustradas y piadosas. Ha sido una solemnidad digna de tener eco en todos los países en que se preste la atención debida á la instrucción profesional de la niñez y juventud del proletariado.

En medio de una numerosa concurrencia, en la que estaban representadas las familias más distinguidas de la capital paraguaya, se procedió á la bendición de las referidas máquinas por el Rdo. Dr. D. Hermenegildo Roa, Pbro.; en seguida pronunciaron elocuentes discursos el Rdo. D. Ambrosio M. Turriccia y el ministro de Relaciones Exteriores D. José S. Decoud.

Hubo luego un certamen literario musical, en que los jóvenes educandos encantaron á la escogida concurren- cia con sus aprovechadas aptitudes.

Del discurso pronunciado por el P. Turriccia, toma- mos los siguientes párrafos, dejando aparte otros bien expresivos de la gratitud de la Congregación Salesiana hacia los cooperadores en su meritoria empresa:

«Inútil es decir que nosotros no somos más que me- dios ó instrumentos, ó para explicarme mejor, nosotros nada poseemos, y cada ladrillo de nuestra casa es debi- do á la caridad de almas grandes y nobles.

«En nuestros corazones llevaremos siempre grabados los nombres de nuestros bienhechores, desde el pudiente que nos dispensa generosa limosna, hasta el que nos da con sacrificio el óbolo de la viuda del Evangelio, y no lo grabamos también en las paredes de nuestro edificio, ya para no ser juzgados adulones, ya para no ofender la modestia de personas caritativas que quieren ocultar su generosidad.

«Así y todo hay nombres que no podrán jamás borrar- se de nuestra casa por estar íntimamente ligados con su historia.

«Aquel ilustre varón de Dios, cuyo nombre nosotros, sus hijos, quisimos inmortalizar en nuestra escuela al denominarla «Escuela Lasagna;» aquel hombre que el Paraguay vió de paso, y que de prisa amó y reverenció como un verdadero amante del progreso de esta nacie- te República, halló en el general Egusquiza un deci- dido factor de la obra que él intentaba establecer; y yo, á quien cupo la suerte de llevar á cabo el pensamiento de Mons. Lasagna, confieso con toda verdad que nues- tro colegio tuvo en el general Egusquiza, más que un amigo, un verdadero abogado, y su constancia en la propaganda en favor de la obra de Don Bosco en el Paraguay, animó nuestra fe en la seguridad del éxito de nuestra escuela.

«Es por lo tanto justo enlazar estos nombres, para

que los pósteros los recuerden con placer, y los inocentes labios de los que aquí continuarán asilándose bendigan á la vez á quien echó la semilla y á quien amparó la planta de los recios vientos que la combatían en sus principios...

«Voy á acabar, pero antes, al agradecer á los que con orgullo llamamos padrinos de las máquinas con las que muchos aprenderán á ganarse el pan, y padrinos, luego, de muchos huérfanos, en nombre de los Salesianos, presento mis reconocimientos al P. E. de esta heroica nación, extendiéndolos al señor Presidente de la República y á sus Ministros que le acompañaron y acompañan presentemente.

«Dígnense recibir todos nuestros sinceros agradecimientos, y ojalá nos fuese dado grabar el nombre de muchos de ellos en los diferentes talleres instalados y por instalar.

«El orgullo del rico ha de ser socorrer al pobre, la nobleza del corazón se deduce de la limosna, el porvenir de la patria depende mucho de la educación del pueblo.

«Las fatigas no han de arredranos, y nuestra alegría consistirá en levantar los nombres de nuestros bienhechores.»

Sentimos que las múltiples atenciones del diario no nos permitan insertar íntegro el bello discurso del sacerdote salesiano, pero más todavía tener que extraer del pronunciado á continuación en aquel solemne acto por el señor ministro de Relaciones Exteriores D. José S. Decoud, político experimentado y distinguido, cuyas manifestaciones deben sernos doblemente interesantes.

He aquí algunos párrafos del discurso del Sr. Decoud:

«Contemplo con fruición esta modesta falange de jóvenes como los futuros obreros y precursores de nuestra industria nacional, y me halaga el pensamiento de la grandeza de la patria, en presencia de espectáculo tan hermoso como edificante.

«Venimos á honrarnos á nosotros mismos, honrando á esta institución del trabajo, que constituye una nueva conquista del progreso y una gloria imperecedera para sus dignos y abnegados fundadores.

«Jesús había dicho: «Dejad á los niños que se acerquen á Mí,» palabras de extrema bondad y ternura que la posteridad ha recogido con sagrado respeto como el más bello programa de amor y de afectuosa simpatía hacia la infancia.

«El amor infinito que el gran Fundador del Cristianismo infundió á la humanidad había de fecundizar más tarde.

«El divino Amigo de los niños ha tenido apóstoles abnegados que siguen sus luminosas huellas: «Dad á los huérfanos en la tierra, y el buen Dios os hará rico «en el paraíso,» es la divisa santa que proclama don Bosco, al fundar la Congregación Salesiana. ¡Oh! ya no temáis que los niños queden abandonados en la calle pública á los azares crueles de la desventura ó expuestos á los duros embates de la adversidad. El regazo del cariño ajeno los amparará con su benéfico calor, en medio del hogar desierto y desolado, y el maestro continuará la obra de la madre, infundiendo en el niño el sentimiento de la virtud y del trabajo.

«¡Gloria á las instituciones que acogen con cariño á los huérfanos desamparados y se consagran con perseverante celo á su educación!

«¡Gloria á los pueblos que acogen con afectuosa simpatía y veneración á los infatigables obreros de la regeneración moral é intelectual del pueblo!...

«Os felicito cordialmente, P. Turriccia, por vuestros nobles afanes. Si á Mons. Lasagna cupo la gloria de la iniciativa, á vos os corresponde la gloria de la realización de la obra.

«No necesitáis las palabras sonoras del aliento para que sigáis adelante en vuestra noble empresa. He seguido de cerca vuestros pasos: en medio de las dificultades que á otros habrían postrado, vuestro fervoroso celo, vuestra inquebrantable fe han centuplicado vuestras fuerzas, demostrando así que pertenecéis á esa raza de almas forjadas para la labor persistente, que no se abate, y que persevera siempre hasta llegar á las excelsas cumbres de la montaña, para ver coronada su obra.

«Ni tampoco necesitáis de los efímeros elogios que la vanidad inventa para deleitar los oídos por algunos momentos, cual los acordes melodiosos de una música.

«La gloria de vuestra propia obra será también la elocuente prueba de vuestros nobles esfuerzos, haciéndoos acreedor al más legítimo y merecido reconocimiento público.»

Después de estas elocuentes frases, añade la *Voz de la Iglesia*, diario que se publica en Buenos Aires, sólo nos corresponde afirmar lo que tantas veces hemos dicho, á saber: que la institución Salesiana es la más adecuada á las necesidades sociales del presente siglo, y que sus frutos serían de incalculable importancia en la suerte de los pueblos, si los Gobiernos y los particulares pudiesen le prestasen todo el apoyo que por su índole especial se merece.

EN LOS RIOS DE MONDA

POR EL R. P. TRILLES

DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, MISIONERO EN GABÓN

XII

Permanencia en el pueblo.—Descanso.—Influencia de nuestros aprendices

Todo el día siguiente lo pasamos en el pueblo para tomar algún descanso, y á la vez paseamos un poco y enseñamos el Catecismo.

Descanso laborioso y paseo útil, pues recorriendo esos frondosos bosques donde cien árboles diversos balancean gallardamente en los aires su penacho espléndido, procuré enriquecer mi herbario y proveer mi bote de insectos.

Figúranse comúnmente en Europa, y así lo creía yo también, que en los bosques ecuatoriales no hay más que bajarse para hacer abundante cosecha. Pues bien, esto es con harta frecuencia completo error.

Las flores no son tan numerosas como se cree: mucho verdor, eso sí; pero nada más.

Los insectos son por aquí poco frecuentes: la mayor parte de los viejos troncos de los árboles son invadidos

por las termitas, y entonces es inútil buscar cosa de provecho. Muy útil sería derribar los arbustos, pero esto es imposible, á causa de que en un momento os veríais cubierto de hormigas pequeñas cuya mordedura es sumamente dolorosa. De vez en cuando lógrase capturar algunos longicórneos de vuelo rápido, brillantes cerambizos, cetoinos de metálico vestido, cosidos de espléndidos, pero fugaces colores. Las mariposas son numerosas; mas es difícil ir provisto en un viaje de lo necesario para cazarlas, y por otra parte las más bellas campan por las cimas de los árboles.

Así, después de un largo paseo, volvimos á la aldea muy cansados.

Llegó la hora del Catecismo, la hora de hablar un poco de Dios.

Consuela ver la influencia de un solo cristiano entre tantos paganos. Allí nadie huye cuando nos acercamos: al contrario, hasta los muchachos acuden, y nos siguen gozosos.

De una manera general puede afirmarse que una aldea fang donde resida un antiguo alumno de la Misión, es casi nuestra.

Esto indica al mismo tiempo la importancia capital de la Obra de nuestros aprendices de Santa María, y el cuidado que debemos poner en su formación moral y cristiana. De esto, en efecto, depende en gran parte el porvenir del país. Dentro veinte años todas las antiguas razas habrán desaparecido, invadidas, absorbidas por el torrente desbordado y sin cesar renovado de la invasión pahuina. La llegada de esta raza en Gabón data apenas de 1872, y nuestros ancianos misioneros recuerdan todavía la llegada á la Misión del primer jefe fang que allí se había visto nunca, y su infantil alegría cuando el Ilmo. Bessieux, de santa memoria, le regaló un pantalón, una camisa, y, en su calidad de jefe, un magnífico trono, á saber, una silla de madera.

No cabía en sí de gozo, tan cierto es que todo es relativo en este mundo.

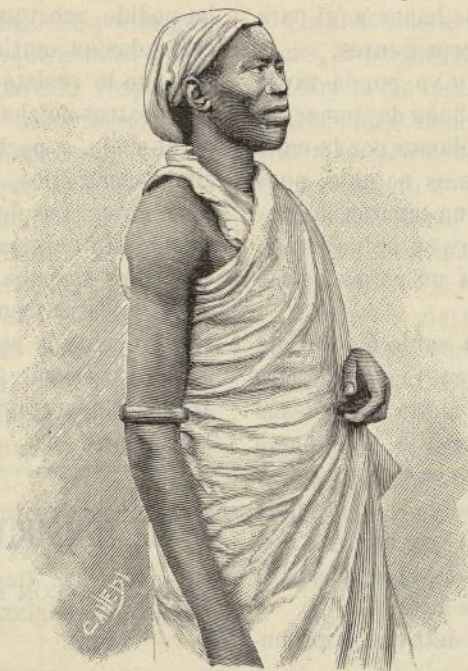
Por otra parte, sabido es que no dejan de admirarse los productos pahuinos: en la última Exposición Universal los bobos se extasiaban ante sus armas. Entonces ¿por qué extrañar la recíproca?

Pero volvamos á nuestros aprendices. Repito, pues, que pueblo en donde haya un antiguo aprendiz es pue-

blo conquistado. Allí, en efecto, instrúyese á los enfermos, y con frecuencia se les bautiza en su lecho de muerte: los niños aprenden las oraciones, y pierden poco á poco su nativo salvajismo. Bajo el imperio de una influencia insensible, pero real, la aldea se despoja de parte de su aspecto salvaje.

El exaprendiz se edifica una choza. ¿La construye según el modelo de sus vecinos? No: ha visto cosa mejor en otra parte; además tiene esa habilidad de manos que distingue con frecuencia al hijo de los bosques, y logra buen éxito. Entonces cobra crédito en la aldea; su influencia crece de día en día: á su ejemplo, la gente viste mejor; los muchachos ya no van, como en otros puntos, vestidos con su simple inocencia, con frecuencia muy dudosa. Poco á poco la civilización se infiltra en la sangre.

Luego llega el Padre; se le recibe con gusto, se le escucha, y no le será difícil reclutar nuevos adeptos para la Misión. El final de todo esto es que al cabo de diez años la aldea está medio ganada, y si se halla en los bosques, lejos del contacto desmoralizador de la civilización blanca, hay muchas esperanzas de completo triunfo.



TIPO SONGHAI. (Pág. 467)

La raza fang dista mucho de ser degenerada: es feroz, ciertamente; pero tiene las cualidades propias de su ferocidad, y cuando se trata de hacer buenos cristianos, valen mil veces más esas naciones arrebatadas, pero llenas de voluntad, que las almas muelles y vulgares de las poblaciones de la costa.

Cuando los antiguos francos inclinaban su frente bajo la mano de San Remigio, en el fondo de mi corazón creo que el grande Obispo de Reims debía preferirles á los romanos ó á los griegos más civilizados, más dúctiles sin duda, pero muy inferiores á ellos en fortaleza de alma y en valor.

Para ser cristiano es preciso combatir, y por lo mismo ser valiente, y tener sangre y nervio: un hombre afeminado no es ni será nunca sino un pobre neófito.



VISTA DE «LA BAMBA». — (Pág. 468)

XIII

Evore-d'Hule. — ¡Un artista no comprendido!

Henos ya en la aldea de Evore-d'Hule, que cuenta de ciento veinte á ciento treinta chozas; pero otras dos

aldeas, una de igual importancia, y otra mucho más pequeña, la tocan en cada extremidad.

Actualmente forma una aglomeración de siete á ochocientas almas; pero dentro pocas semanas se instalará junto á ella otra aldea, que con las otras cercanas formarán un centro de población de regular importancia.

Al pie de la aldea corre el Djembue, que según parece, en la estación de las lluvias puede remontarse hasta este lugar con auxilio de una percha. Si esta aserción se confirma, será fácil llegar hasta aquí para anunciar la Buena Nueva á estas pobres gentes.

Esto nos decíamos el P. Monnier y yo por la tarde de aquel hermoso día de Marzo, después de tomar un delicioso baño en el río, mientras subíamos por la calle mayor del pueblo: la limpieza de éste es notable, pues difícil sería encontrar en él, no digo un montón de basura, como con tanta frecuencia ocurre en no pocas poblaciones de Francia, pero ni siquiera un palmo de terreno en que creciese la hierba.

Todas las mañanas, armado con su sable ó su azada de mango corvo, el propietario pahuino rasca cuidadosamente todo el terreno frontero á su choza; uno de sus hijos recoge los escombros y los echa á lo lejos entre los plátanos. Esta operación está reservada á los hombres, y la mujer, con la pipa en la boca, la contempla tranquilamente mientras vigila la olla que hierve. ¡Pobre mujer! muchos otros quehaceres tiene á su cargo: no es ciertamente el trabajo lo que le falta.

Al pasar delante de una choza nos detuvimos un momento.

Su propietario estuvo en Gabón, y echándose de artista, ha querido consignar sus recuerdos en la puerta, que forma la tela del cuadro. Por lo visto no necesitó pinceles, y para colores le bastaron un poco de blanco y de negro. Llama desde luego la atención un hombre puesto en jarras con el cuerpo encorvado y la cabeza provocativa: representa sin duda un oficial de la milicia en descanso. Fuma, como se supone. Cuando íbamos á la escuela ¿había por ventura entre nosotros un muchacho que, al borrar sus cuadernos de clase, no ilustrase sus obras maestras con una pipa monumental, y fumando como una locomotora?

Prueba de la unidad de la raza humana. Hijo de las ciudades ó hijo de los bosques, el instinto es el mismo. Un hombre y una pipa, esto se encuentra en todas partes.

El oficial en cuestión, pues, fuma, y á su lado le observa una negra. Más lejos se ve un caballo: evidentemente este animal extraño le chocó á nuestro artista, pues está reproducido en tres ó cuatro posiciones diversas. Hay además pintados marineros, militares, diversas escenas de guerra y de cocina: un poco de todo arriba, abajo, á izquierda, á derecha, al pie, al lado...

En una palabra, aun pudiera hallarse en eso algo de genio, y el desconocido artista quizá hubiera sido un gran artista en París; pero ¡aquí! ¡ay! ¡oh reveses de la fortuna!

El sol, entre tanto, estaba próximo á su ocaso y parecía iba á chocar con la colina. La noche se nos echaba encima á toda prisa, y volvimos á nuestro albergue. El día siguiente lo sería de fatiga, y así no venía mal

un buen descanso. Tendímonos en nuestros blandos lechos. ¿Os he dicho algo de las camas pahuinas? Creo que sí. Consisten en bambús partidos por medio y extendidos en su longitud. Decir que eso es suave sería adelantar demasiado; pero por lo menos tiene una ventaja: pone cada costilla en su lugar, y á la mañana siguiente uno se encuentra rígido como un palo. ¡Lo que puede la costumbre! Al fin ya no hago caso de nada, y duermo allí como en la mejor cama. A lo que no he podido acostumbrarme es á que los bambús estén colocados en sentido latitudinal: entonces no hay europeo que lo resista.

Nuestros muchachos ni aún eso necesitan; se tienden en el suelo, y parten para el país de los ensueños. Hicimos como ellos, y bajo el ala protectora de nuestro buen Angel nos dormimos soñando que nos hallábamos en nuestro país natal, en la casa paterna, y que nuestro padre acababa de retirarse de puntillas imprimiendo en nuestra frente el beso nocturno. ¡Ah! queridos recuerdos de la patria, de la casa bendita, hacia ti volaba mi corazón; pero mi voluntad estaba también allá arriba. Bueno será descansar en el cielo para siempre. Durmamos.

DE TOMBUCTU Á LAS BOCAS DEL NIGER

CON LA EXPEDICIÓN HOURST

II

De Rhergo á Ansongo.—Entre los tuaregs

*A piis longe
Famulis repelle
Daemonis ictus.*

Los tuaregs-iguaddarenos estaban acampados en los alrededores de Rhergo y nos enviaron algunos visitantes. (V. el grabado de la pág. 473). Miembros en otro tiempo de la confederación de los audimidenos, los iguaddarenos están en disidencia desde hace cuarenta años, y aun divididos entre sí.

Sagib y Sakhaui, ambos hijos de Akhbi, disputaron á causa de una Elena cualquiera, según rumor público, y el primero con parte de la tribu pasó á la orilla derecha del río, permaneciendo el segundo en la orilla izquierda.

Los tuaregs suponen que el fundamento de la excisión es más serio: dicen que hay el partido de los iguaddarenos virtuosos y el de los iguaddarenos bandidos. Sólo que cada campo acusa al otro de ser el de los ladrones, y lo peor es que ambos tienen razón.

El hermano de Sakhaui nos trae un buey y nos anuncia que se nos aguarda con impaciente alegría. Vemos ya en espíritu arcos de triunfo.

Otro iguaddareno, llamado Rhali, muy alegre y expansivo, hace mayores encarecimientos todavía. Habla bastante bien el árabe: ha estado en Tombuctu desde la ocupación francesa, y ya nos conocemos. Rhali es un targui fin de siglo, amigo del progreso y de las transformaciones; es un «francés» como lo declara sin am-

bajes. Terreno tan bien preparado merece recibir la buena semilla.

Nos quejamos á Rhali de las costumbres poco conformes de los tuaregs. Explicámosle como, por su propio interés, debieran éstos moderarse, practicar la justicia y respetar los bienes ajenos. Está completamente de acuerdo con nosotros, y acentúa cada frase con *Euallah! Tidet, ia!* (ciertamente, sí, á buen seguro) de los más convencidos. Manifiesta estar disgustado de la manera de obrar de sus compatriotas. Él, por su parte, no solamente no roba nunca, sino que está al frente de un partido amigo de la reforma, partido respetable por el número, y que todos los días gana terreno. Es importante que se le vea volver al campamento con un regalo más que ordinario, á fin de que todo el mundo sepa el caso que hace de él el comandante Hourst. Gracias á esta mayor influencia, pronto habrán desaparecido todos los excesos, y los tuaregs serán los guardianes del río y los protectores de los viajeros.

El hijo del jefe de los rhergos vino aquella misma tarde á quejársenos de que al entrar en el pueblo con un jumento cargado de arroz, le habían quitado todo lo que puede contener una piel de cabra.

—¿Quién es el ladrón?

—Un targui, llamado Rhali, que procedía de aquí. Si vuelves á verle, procura que se me haga justicia.

El día siguiente, al recibir á Rhali con frases de reproche, hízose el sorprendido, y exclamó con indignación:

—¿Cómo? ¿aquel ganapán ha venido á quejarse aquí? Lo que siento es no haberle quitado cosa de mayor importancia. ¡Vaya, el hijo de un jefe de pueblo! ¡un señor que pasa por sabio, que siempre anda metido entre papeles y aun ignora la ciencia de saber vivir! ¿Acaso no debía él ofrecirme arroz? Pero, como tengo buen carácter, no me di por ofendido. Sólo á modo de chanza, como se acostumbra entre camaradas, hice ademán de tomarle algo. El estúpido no comprendió la broma, y protestó, como si fuese yo un ladrón. Entonces llené mi piel de cabra, únicamente para darle una lección de buena crianza, no por otra cosa. ¡Por ventura tengo yo necesidad de su arroz! A esos necios no se les puede corregir de otra manera. Hay que tomarlos como son y tratarlos como merecen.

Aquí tenéis al targui en toda su desnudez: no juraría que Rhali no estuviese convencido de que había dicho verdad.

Aunque nuestras simpatías son instintivamente en favor del oprimido, confieso que vacilaría en pronunciar contra los tuaregs una condena sin apelación. Los songhais son para ellos antiguos agresores que, movidos por el espíritu de conquista, destruyeron los establecimientos de los bereberes, especialmente su gran ciudad de Essut ó Tademekka. Luego, cuando después de muchos combates y batallas sangrientas el imperio de Askia el Hadj Mohammed fué desmembrado, los songhais perdieron su audacia, trocáronse los papeles, y los tuaregs les dominaron. Aun hoy, ¿á qué se debe la inferioridad de los ribereños del Níger, sino á su falta de valor? Son superiores en número; tienen las mismas armas, el sable y la lanza; no les falta más sino querer

servirse de ellos: el día en que sacudan su cobarde apatía, los negros serán fácilmente dueños en su tierra, sobre todo en las islas y en la orilla derecha del río. La conducta de los tuaregs, á quienes estoy muy lejos de presentar como modelos de virtud, débese sobre todo al menosprecio que les inspira la ausencia de todo impulso generoso: en los pocos lugares donde los negros han conservado una actitud digna y viril, conviven en perfecta igualdad.

En el estado actual, y hasta que se regeneren ambas razas, si por necesidad tuviese que entregarme á discreción de los indígenas, no vacilaría en confiarme á los tuaregs más bien que á sus vecinos, seguro de encontrar más fácilmente entre los primeros la compasión, el movimiento noble y generoso de que dependería mi existencia. Entre tanto, los tuaregs despojan á los negros con la misma tranquilidad con que toman la leche de las vacas ó la lana de los carneros.

Esta no es ciertamente la situación ideal para unos ni para otros; pero sería grave error y no menos grande injusticia destruir á unos en provecho de los otros, como lo predica cierta escuela: el remedio es moralizar, cristianizar á unos y otros, lo que probablemente es más hacedero con los tuaregs, atendida su vida austera y sus costumbres relativamente puras, gracias á una estricta monogamia y á su nobleza, de la que dan testimonio su incontestable bravura.

Nuestra detención en Rhergo alarmaba á los iguaddarenos, como nos lo hizo prevenir un tadjakut de Tombuctu que todos los años pasa algunos meses entre ellos para comerciar. Propalábase que nosotros éramos la vanguardia de una columna de ocupación, y que antes de pasar adelante, aguardábamos cuarenta embarcaciones con tropas que debían unírseles.

Estos rumores y otras tentativas del mismo género eran debidos á la malevolencia de los que querían á toda costa indisponernos con los tuaregs. Y lograron en parte su objeto, pues á pesar de todos los esfuerzos del comerciante marroquí Mohammed ben Mbirikat, no se atrevió Sakhaui á venir en persona, y contentóse con enviar á su hermano. A parte de esta abstención del jefe, las relaciones fueron excelentes durante los dos días que permanecimos anclados frente de su campamento. Lo mismo nos sucedió en el de Sagib: en él nos ofrecieron todo lo que pueden dar los tuaregs, carneros y leche; pero, no habiendo venido Sakhani, por las mismas razones, aunque las ignorase, tampoco podía venir Sagib. El pretexto que se nos dió, y que era muy cierto, fué la proximidad de un *ghazzi*, que se suponía era de los audimidenos, y que, en efecto, procedía de Hoggar.

Los iguaddarenos de la orilla Norte eran los más expuestos, y fuimos testigos de la curiosa táctica que emplean en semejante circunstancia. En cuanto es posible, ponen los esclavos y los rebaños en seguridad en la opuesta orilla; las mujeres ocultan sus alhajas y todos los objetos preciosos, y permanecen con sus hijos en el campamento, perfectamente seguras de que les respetará el enemigo. Los hombres toman sus armas y montan á caballo para vigilar á los asaltantes. Si éstos

son débiles ó cometen alguna imprudencia, les atacan; en caso contrario les dejan hacer, pues sería locura entablar un combate notoriamente desigual.

En ambos casos se termina generalmente por parlamentar. Cámbianse á veces algunos trompazos, como ocurriría en París en una reunión contradictoria, y se separan para repetir lo mismo algunos meses más tarde. En suma, cuando han podido sustraerse al *ghazzi* los rebaños y los esclavos, hay mucho ruido y poco daño. Esto se entiende solamente tratándose de los tuaregs del Sur; pues en otros puntos el resultado es muy distinto.

Pocos días después, en efecto, pasamos frente del emplazamiento de Bamba, que hace cuatro años fué completamente saqueado é incendiado por los hoggaros. Estos, cuando hacen una incursión por las orillas del Níger, suplen el número, necesariamente restringido, con la crueldad: matar y destruir, tal es su programa. La vida y el honor de la mujer libre es lo único que respetan; pero refiérese con espanto que cortan una mano ó un pie para robar un brazaete ó un aro de la pierna; que desgarran el lóbulo de la oreja al arrebatarse los pendientes, pues no se toman el trabajo de sacarlos: pasan por todas partes sembrando el terror.

A partir de Bamba se oscureció nuestro horizonte. Los negros ya no nos manifestaron la misma confianza; huían de nosotros.

Cuando llegamos á cierto pueblo donde nos proponíamos pernoctar, todas las chozas se cerraron con esteras, y no se vió alma viviente. Salté á tierra con Sidi Ahmed, nuestro agente político de Tombuctu, y arrancamos violentamente un trozo de estera. Viendo un piececito, lo cogí, y extraje un niño de dos años que se debatía y chillaba á más no poder. Su padre, que hubiera podido darme un lanzazo, se guardó bien de hacerlo. Me llevé mi pequeño cautivo á bordo, en donde el comandante le llenó las manos de perlas; con esto tranquilizóse, y volví á ponerle en la misma abertura de donde lo había sacado. Entonces, considerándose seguros, nos suministraron la leña que necesitábamos para guisar: sin embargo, evidentemente no nos tenían allí en olor de santidad.

El terreno cambia también de aspecto: la arena cede su lugar al gres ferruginoso; las riberas adquieren mayor altura cerca de Tahut n' Eggech; entre las mezquinas matas pasan grupos de ginetes. Doblamos las rocas de Inalchiden, que anuncian la proximidad de Tossaye, y anclamos en la aldea de Salah-ben-Kagha, discípulo de Sid-el-Bakkay. Nos hallábamos á unas dos millas más arriba del desfiladero de Tossaye, de sinuestra memoria.

Allí es donde la columna de los tuculores fué destruída por los ribereños agrupados en los dos abruptos peñascos que cierran esta puerta natural. Todas las piraguas de los futankés fueron echadas á pique por las rocas que caían de arriba, ó zozobraron por los remolinos que producía el río al precipitarse en el golfo. Repetidas veces se nos venía diciendo desde Tombuctu: «No pasaréis de Tossaye,» ó por lo menos: «¡Cuidado al pasar por Tossaye!»

La población de Salah no ofrecía ciertamente un gol-

pe de vista tranquilizador. Mucha gente, muchos extranjeros, armados con dardos, y de expresión insolente, nos dirigen miradas amenazadoras. En vez de acercárenos á nuestra llegada, todos se alejan, se forman en grupos y hablan en voz baja. ¡Que Dios nos guarde! ¡esto huele á pólvora!

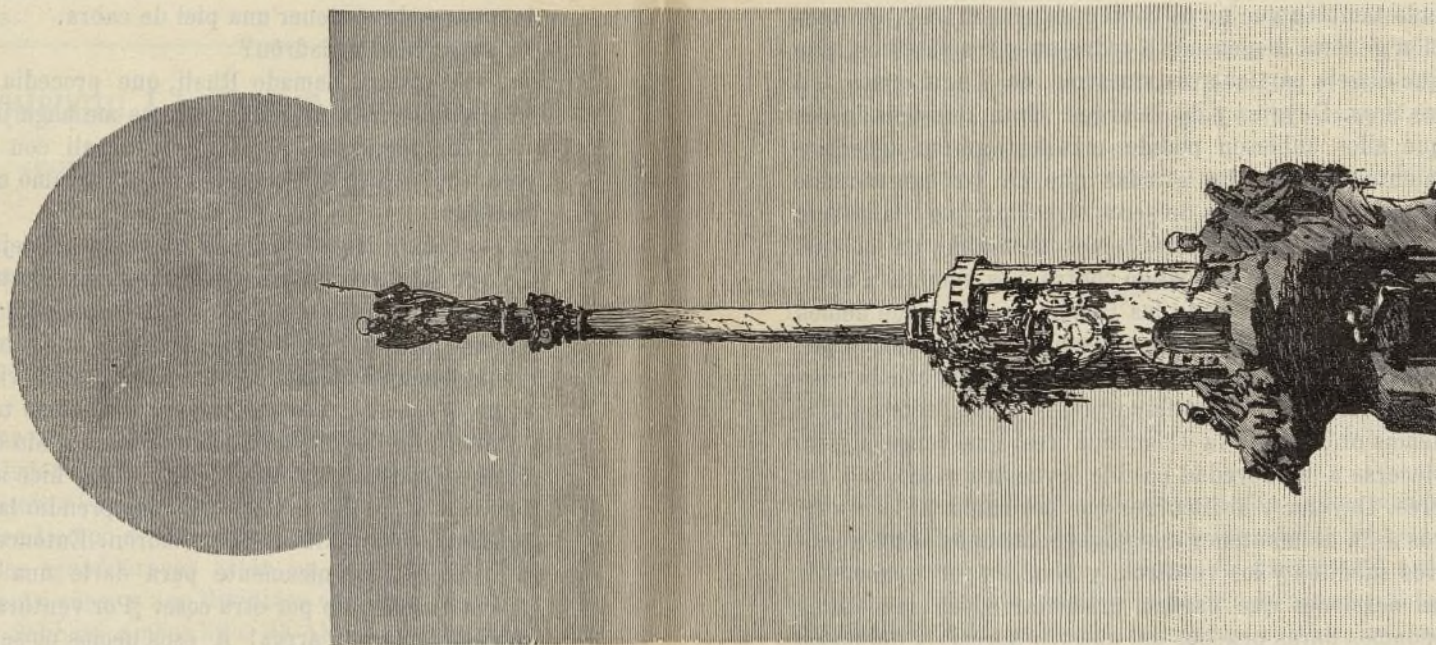
Sidi Ahmed salta á tierra (debiera decir que le lanzan á ella, tanta es su aprensión). Es portador de una carta de los kuntas para su amigo Salah. Mas el mensajero vuelve en seguida consternado, diciendo:

—Me comprometí á venir hasta Tossaye. Hemos llegado ya, y quiero partir; aun no estoy seguro de perder la vida por el camino.

—Pero, en fin, le preguntamos, ¿qué ocurre?

—¿Acaso no ves á toda esta gente en armas? ¿No ves, entre los negros, cautivos de Tuareg y de Bellé? ¿Crees que los negros serían tan atrevidos si se hallasen solos? Y los jinetes que hace dos días se nos adelantan, ¿á dónde han ido? A Tossaye. Salah no está aquí; se ha reunido con ellos.

—Pero ¿quién son ellos?



—¿Quién? todo el mundo, todos los negros de la región, con todos los árabes y los tuaregs, los kuntas del Norte, los kel-ullis, los kel-tabancut, los kel-burum, los kel-taborit, los kel-essuk, etc. Me vuelvo á Tombuctu, en donde mi pobre mujer se muere de tristeza á causa de mi ausencia, y si queréis creerme, volveos también vosotros.

Ciertamente, el ataque no era temible en sí mismo. Si el desfiladero de Tossaye estaba ocupado, bastaría echar el áncora algo más arriba. unos cincuenta disparos de metralla, cayendo como lluvia á cada lado, desalentaría á los más valerosos: luego se franquearía rápidamente el sitio peligroso, que no debía ser muy largo; pero una vez rotas las hostilidades, ¿á dónde iríamos á parar? ¿No era esto comprometer el éxito del viaje? El caso era serio.

La Providencia, que no cesaba de protegernos, vino en nuestro auxilio. Súbitamente la situación se despejó. El hermano de Salah vino á bordo, protestó que

ninguna novedad ocurría en Tossaye, y consintió en renovar nuestra provisión de arroz.

Salah hallábase en el pueblo, pero no vino á vernos á fin de no comprometerse, y así sernos más útil en Madrid, donde es cobrador de impuestos. Tendremos por guía su otro hermano Ibrahim. Todo va viento en popa: de esta mezcla de mentira y de verdad, se desprende que se ha querido intimidarnos, y que al fin renunciase á ello; pronto tendremos de ello la prueba. Entre tanto, ¡guardémonos y que Dios nos guarde! Caso que debamos batirnos, no olvidaremos que somos hombres.

RECUERDOS DEL CATOLICISMO EN EL TONKIN

V

Los Dominicos en el Tonkin.—Relaciones de la Francia con el Tonkin

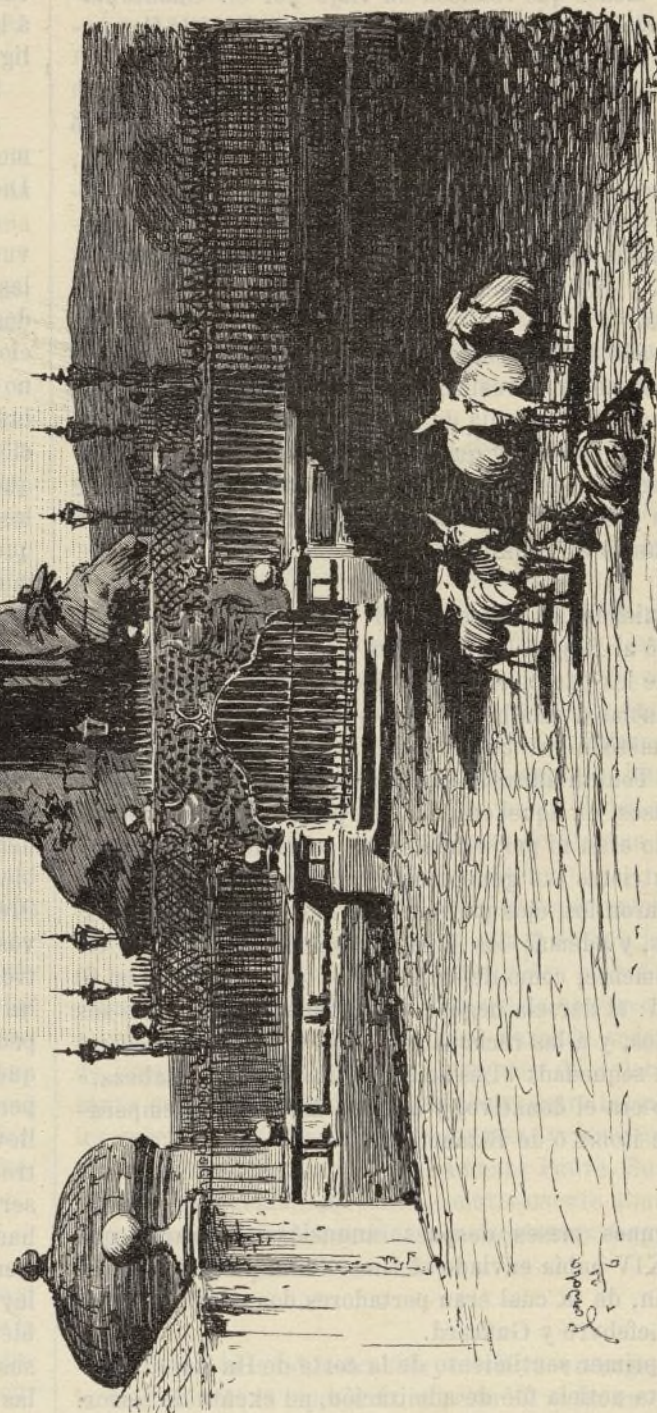
CORRÍA el año 1676 cuando tres dominicos llegaron al Tonkin para ocupar su puesto en el campo de batalla entre los sacerdotes de las Misiones Extranjeras y los Religiosos de la Com-

pañía de Jesús. Llamábanse Juan de la Cruz, Juan de Arjona y Dionisio Morales. Desgraciadamente á los dos últimos hízoles traición un mal cristiano, y al cabo de muy breve tiempo fueron hechos prisioneros. Conducidos á la capital por orden del Rey, esos dos primeros confesores de la Orden de Santo Domingo en el Tonkin tuvieron mucho que sufrir de la crueldad de los soldados: en su largo viaje sobrellevaron con heroica paciencia hambre, sed é injurias. «Nos maldicen y bendecimos, decían, repitiendo las palabras de San Pablo, nos persiguen y lo sufrimos: nos injurian y nosotros rogamos.»

Llegaron á Kécho con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón. La hora de la libertad aun no era llegada, y los designios eternos no marcaban el fin de sus días: quedaron prisioneros.

En el decurso de este tiempo el Ilmo. Pallu, ocupado muy mucho en ordenar importantes asuntos en Ro-

ma y París, no por esto olvidaba al Tonkin, del cual, como antes hemos dicho, era vicario apostólico. El fin primordial de todos sus actos era la propagación de la fe, pero á la par procuraba también el bien material de Francia: quería que entre ésta y el Tonkin se concertaran tratados de comercio, útiles al progreso público y á la civilización, y admira ver á un Obispo misionero acariciar esta idea dos siglos anteriores á nuestros tiempos.



CÓRDOBA.—Columna llamada del Triunfo, dedicada á San Rafael

El 2 de Enero de 1672 sometió al Colbert el proyecto de establecer una factoría en el Tonkin.

«El Ilmo. Sr. de la Motte Lambert, ha dispuesto las cosas todas con tan singular acierto, decía, que por mediación de dos sacerdotes que se fingieron comerciantes, ha obtenido permiso del Rey para establecer y construir una casa á propósito en punto céntrico previamente escogido, con las esperanzas que dió de que la

Compañía francesa se establecería en ella. Ha escrito á los Directores generales, adjuntándoles muy luminosas Memorias referentes al negocio que podrían realizar.

«Os ruego por el interés de la fe, del cual depende el de la Compañía, y en honor y gloria del Cristianísimo Rey, influyáis en el ánimo de los Directores generales para que arreglen á la mayor brevedad todo lo conducente al establecimiento de una factoría en este reino, ó á lo menos que realicen un viaje por él. Cuanto hagan sólo puede reportar grandes ventajas á la Compañía.»

Cuando, después de haber salido de Francia, pasó aquel mismo año por Surate, logró que Blot y Barón, directores ambos de la Compañía de las Indias Orientales, escribieran una carta al Rey del Tonkín, manifestándole deseos de establecer una factoría en sus Estados, y suplicándole se dignara aceptar algunos presentes.

Pasado algún tiempo el Ilmo. Pallu regresó segunda vez á Francia, y realizó nuevas gestiones á fin de obtener de la Compañía de Indias que enviara embarcaciones al Tonkín, y que Luis XIV escribiera al rey Lehi-tong. Ambas demandas fueron atendidas. En 1682 Barón y de Guilhem fletaron un buque y lo despacharon con rumbo al Tonkín.

Siguiendo los consejos del P. Deydier, el capitán ofreció al Rey, á los príncipes y á los oficiales, presentes que les parecieron magníficos y raros, y vendió sus mercancías á más bajo precio que los ingleses.

El método era bueno y dió inesperados resultados. En el Tonkín afirmóse la opinión de que los misioneros franceses, en aquel entonces en peligro de ser expulsados, no eran ni perjudiciales ni culpables, pues tenían compatriotas tan generosos y tan buenos comerciantes, y cerraron los ojos para no ver sus excursiones apostólicas, y además los misioneros dominicos presos recientemente, como dejamos dicho, fueron puestos en libertad: al dársela negóse el mandarín á devolverles sus vestidos, y á las reclamaciones del P. d'Arjona contestó con sequedad: «Les he hecho limosna de su cabeza.» Cierta era el donativo, y la frase digna de un emperador de Roma ó de Bizancio.

Algunos meses después anuncióse la carta que Luis XIV había enviado al Ilmo. Pallu para el Rey del Tonkín, de la cual eran portadores dos misioneros, los PP. Lefebvre y Gaffard.

El primer sentimiento de la corte de Ha-noi al recibir esta noticia fué de admiración, no exenta de temor. Juzgando por sus costumbres, no acertaba á comprender que se viniera de tan lejanos países para llevar cartas y presentes sin acompañarlas de mercancías de ninguna clase. Después de largas discusiones sobre puntos de etiqueta que era preciso tratar con mandarines, sirviéndose más de dinero que de buenas razones, el Rey aceptó los presentes y recibió la carta de Luis XIV, cuya traducción hizo el Ilmo. Deydier.

La carta estaba llena de sentimientos altamente pa-

trióticos y muy cristianos: trataba del comercio, y hablaba al Rey pagano, con apostólicos acentos, de la hermosura y grandeza incomparable de la fe, manifestando vivos deseos de que la abrazara. Los políticos y hombres de Estado de nuestros tiempos no escriben mejor: pero forzoso es reconocer que palabras sin actos son débil peso en la balanza de los acontecimientos, y que las exhortaciones de Luis XIV, por cristianas que fueran, no bastaban por sí solas para dar á los misioneros libertad absoluta de predicar el Evangelio, y á los cristianos el derecho de practicar en paz su Religión.

Su texto era como sigue:

«Altísimo, excelentísimo, muy poderoso y magnánimo Príncipe, nuestro queridísimo y buen amigo: quiera Dios aumentar vuestra grandeza y haceros feliz.

«Sabemos por nuestros súbditos que han pasado por vuestros Estados cuán grande ha sido la protección que les habéis dispensado. Os estamos tanto más agradecidos de ello en cuanto sentimos hacia vos todo el aprecio que merece Príncipe tan ilustre por su valor, y digno de especiales elogios por su justicia. Nos hemos sabido también que no os contentasteis con esta protección general dispensada á todos nuestros súbditos, sino que disteis particulares muestras de singular afecto á los Sres. Deydier y de Bourges. Eran nuestros deseos que ellos hubiesen podido manifestaros su agradecimiento por todas las gracias que de vos han recibido con presentes dignos de seros ofrecidos; pero la guerra que durante algunos años hemos sostenido, en la cual la Europa entera se coaligó contra Nos, impidió á nuestras naves llegar hasta las Indias; pero hoy que hemos querido concederles la paz, después de obtener no pocas victorias y aumentar nuestros Estados con la conquista de numerosas é importantes plazas, acto seguido hemos ordenado á la Compañía real que venga á establecerse á la brevedad posible á vuestro reino, y á los Sres. Deydier y de Bourges que permanezcan cerca de vos á fin de mantener amistosas relaciones entre nuestros súbditos y los vuestros, y conocer por este medio las ocasiones que pueden presentarse, en las cuales podamos daros pruebas de nuestro aprecio y del deseo que abrigamos de contribuir á vuestro bienestar y prosperidad. Para empezar á dároslas, hemos encargado os llevasen algunos presentes que creemos serán de vuestro agrado. Pero lo que más deseamos en este mundo sería obtener para aquellos de vuestros súbditos que han abrazado la ley del único verdadero Dios de cielo y tierra, libertad de profesarla, especialmente siendo esta ley la más elevada, la más noble, la más santa y también la más á propósito para que los reyes reinen sobre sus pueblos. Persuadido estamos que si vos conocieras las verdades y máximas que enseña, daríais á vuestros súbditos el glorioso ejemplo de abrazarla. Nos os deseamos este bien incomparable junto con un largo y feliz reinado, y suplicamos al Señor se digne aumentar vuestra grandeza y haceros feliz.

«Vuestro queridísimo y buen amigo

«LUIS.»

Tres días después del en que recibió esta carta el Chua del Tonkín, Trinh-thac, que gobernaba con el nombre de rey Lehi-tong, murió. Su hijo, Trinh-can,

que le sucedió, no tuvo el valor suficiente para señalar los principios de su administración aprobando públicamente el Catolicismo, hasta entonces oficialmente en interdicto. Contentóse con dirigir buenas palabras á los misioneros, y en la contestación que remitió al Rey de Francia al protestar de sus buenas disposiciones á favor de los comerciantes franceses, añadía que encargado recientemente de las cosas del Estado, le era imposible por aquel entonces resolver la cuestión religiosa.

Envió á los misioneros, para Luis XIV, soberbias sederías bordadas en oro, adornadas de arabescos rodeando el dragón imperial.

El principal resultado obtenido por esta embajada fué para los cristianos una paz relativa, y que cesaran temporalmente las vejaciones causadas por la avaricia ó por la rabia de los mandarines.

En la capital, lo propio que en todas las provincias, los fieles pudieron celebrar frecuentes y solemnes asambleas que pusieron de manifiesto el desarrollo y el fervor de la vida cristiana. El Ilmo. Deydier y el ilustrísimo Bourges, nombrados vicarios apostólicos y consagrados obispos, emprendieron el camino del Tonkín: encargóse el primero de la parte oriental y el segundo de la occidental: este fué el origen de la división del Tonkín en numerosos vicariatos.

LA LEPROSERÍA DE PONDICHERY

El hospital de leprosos de Pondichery, que durante algún tiempo ha pasado grandes vicisitudes, acaba de ser confiada á las valientes Hijas de la venerable M. Javouhey. Con este motivo un misionero de Pondichery escribe la siguiente relación que gustosos publicamos:

La lepra está muy extendida por la India, siendo causa principal de ello el olvido de las más elementales reglas de higiene. Si añadimos á esto la imposibilidad material de impedir á los innumerables leprosos la libre circulación por la vía pública, se comprenderá el por que de la gran extensión que alcanza el terrible azote. Pueblos enteros están poblados sólo por leprosos. El próximo pasado año una población formada casi exclusivamente por estos desgraciados, Cotteicoupam, convirtiéndose en masa al Catolicismo.

Sabios doctores han discutido recientemente sobre si la lepra era contagiosa ó hereditaria. Entre nosotros la distinción es inútil. El género de vida de los indios atacados permite la propagación de la enfermedad por contagio y por herencia.

La lepra considérase incurable, pero en realidad obtiéndose algunas curaciones, si bien rarísimas. Una que otra vez consiguiese atajar la enfermedad con el aceite *Chaulmoogra*. Extráese del *Gynocardia odorata*. Su olor es nauseabundo, y al igual que el aceite de coco coagúlase á 23° centígrados. El Hoang-Nau da también algunas veces buen resultado.

Desde el año 1826 posee Pondichery una leprosería. Por aquel entonces el Comité de beneficencia alquiló una casa en la población negra, y encargó á un médico el cuidado de los leprosos. Andando el tiempo un nuevo local, situado fuera de la ciudad, en Oupalam, recibió los enfermos. Estos primeros ensayos fueron poco satisfactorios.

En 1839 el vizconde Desbassys de Richemont donó á la colonia 15,386 francos para la fundación de una renta destinada á sostener esta obra.

La Junta resolvió construir un hospicio especial, y la Administración concedió á este objeto un terreno situado cerca de la isla de los cocoteros, á corta distancia de la boca del río Ariancoupam.

Tan poco satisfactorios fueron los resultados obtenidos, que en 1854 acordóse la supresión del establecimiento.

Mr. Desbassyns pidió al Ministro francés de Marina y Colonias que la leprosería fuese confiada en su nombre á las Misiones Extranjeras, y el ministro otorgó el correspondiente permiso.

Escasos eran los recursos: los misioneros no pudiendo substituir á la policía, que nada hacía para secundarlos, hallábanse imposibilitados de coger á todos los vagabundos atacados de la lepra. Hacían con todo el afecto de su corazón cuanto les era posible.

El P. Bordereau, limosnero entonces de la leprosería, ha dejado renombre imperecedero. Cuanto tiempo le dejaba libre la enseñanza pasábalo entre sus queridos leprosos. Recursos personales, limosnas recogidas, todo lo empleaba para hacerles más llevadera su enfermedad.

Recorría las casas de cristianos y paganos, llevando como un mendigo el sombrero en la mano. Todos sabían el objeto de su visita, y buen número de blancas monedas caían siempre en el fondo del sombrero.

En el terreno cedido á la Misión, el celoso misionero construyó una pequeña capilla en honor de San Lázaro el Leproso, y al breve tiempo convirtiéndose en centro de constantes peregrinaciones. La afluencia de peregrinos, especialmente los martes, daba al hospicio toda clase de limosnas. El P. Bordereau, después de celebrar el santo sacrificio de la Misa, sentábase entre los niños y les enseñaba el Catecismo. Los leprosos veíanse amados y cuidados con ternura por su amante Padre. Sus quejas eran atendidas; su comida, relativamente abundante, era con frecuencia variada por suculentas sorpresas, y estos desgraciados eran felices.

En 1880 la administración volvió á encargarse de la dirección de la leprosería, á pesar de votar en contra Mr. Desbassys. Una Comisión compuesta del alcalde, del médico principal y del Prefecto apostólico, recibió el encargo de redactar un nuevo Reglamento.

Acordaron que el número de pensionistas nunca pudiese exceder de cincuenta. Apenas quedaron veinticinco.

El nuevo sistema producía gastos mayores cada año. En 1884 la Junta propuso devolver el servicio de la leprosería á la Misión. Hicieron las proposiciones

en 1886; la Misión juzgó cumplir con su deber imponiendo ciertas condiciones, que la Junta de Beneficencia aceptó. Pero luego el Ministro contestó con un des-pacho al cual la Misión creyó no podía adherirse.

Debió, pues, la Administración poner en vigor otra vez los acuerdos de 1880; siendo el resultado de esta segunda prueba igual al de la primera. La Sub-comisión encargada de la vigilancia de la leprosería sólo existía en el papel. A sus miembros faltábales tiempo para visitar el hospital. El personal negociaba con los fondos del establecimiento, con las provisiones y alimentos dados á los enfermos.

En 1895 el Dr. Gallay resolvió poner fin á tal estado de cosas, y propuso que la leprosería fuese confiada á la Congregación de Hermanas de San José de Cluny.

La Administración prestó oídos á sus palabras y *prometió* hacer algo. Mandó instruir expediente de todo cuanto se había hecho, lo archivó cuidadosamente... y jamás se volvió á hablar de él.

Continuó el hospital siendo teatro de deplorables abusos. Las evasiones de enfermos se multiplicaban. Presentábanse algunos andrajosos, extenuados: alimentábanlos durante varios días, dábanles nuevos vestidos, y luego se escapaban. Las salas, mal conservadas, eran verdaderos focos infecciosos.

El Dr. Roussin, sucesor del Dr. Gallay, haciendo suyo el proyecto de este último, obligó á la Administración á cumplir sus promesas. El Consejo general votó fondos para nuevas construcciones, y pidió que la leprosería fuese confiada á las Religiosas. A la par que se tomaban estos acuerdos, llegó el nuevo gobernador Mr. Rodier, espíritu independiente, que puso la leprosería bajo la inmediata vigilancia del jefe del cuerpo de sanidad, y al empezar el corriente año 1898 dos Religiosas de San José de Cluny empezaron á desempeñar su nuevo cargo.

Gracias di á la Divina Providencia por haberse dignado dar tan hermoso remate á este estado de cosas.

Cada día va transformándose el hospicio, y cada día los pobres enfermos están más resignados. ¿Quién podía imaginarse que el hogar de los sufrimientos sin consuelo se convertiría en breve tiempo en el asilo de paciencia? Sólo la caridad cristiana es capaz de realizar estos cambios; sólo ella realiza tan grandes maravillas. Todos los días rezan en comunidad; los hombres están tan separados de las mujeres como es posible; se han prohibido las salidas, y todos los enfermos son objeto de un tratamiento maternal, pero serio. Los leprosos cuyo estado lo permite, ocúpanse en trabajos de jardinería; los niños estudian. En pocos días el número de asilados se ha elevado de treinta á cincuenta.

Muchos de estos infelices son paganos, otros tienen deplorables costumbres. En lo sucesivo este cúmulo de tan grandes miserias morales será tratado por estas Religiosas, llenas de santa abnegación, y Dios en su gran misericordia se dignará convertir estas ruinas vivientes en templos del Espíritu Santo, estos desechos de la sociedad en seres regenerados por un amor más grande que el amor maternal. Dios trocará estos seres que hasta ahora habían vivido alejados de El, en

amigos fieles de su Divino Corazón. Día vendrá en el cual verán su carne humillada en la tierra transfigurarse como la de Lázaro en las mansiones de eternal felicidad.

LA FIESTA DE JANUAY EN ILOILO (FILIPINAS) (1)

HA sido este año una explosión de alegría y de entusiasmo inusitados. A la festividad del Patrón del pueblo iba asociado un acontecimiento de imborrable memoria: la bendición del nuevo convento ó casa parroquial. La plaza del pueblo hallábase adornada con artísticos arcos de cañas, coronados por innumerables banderolas de los colores nacionales. Las casas de la plaza, y muchísimas del casco del pueblo, ostentaban vistosas colgaduras. Desde la víspera, día 27, habían acudido innumerables habitantes de todos los pueblos limítrofes, para asistir á la fiesta; así como las bandas de Cabatuan, Dueñas, Calinog y otros pueblos.

El R. P. Nicolás Gallo había preparado con exquisito gusto su nueva casa parroquial, verdadera joya de arquitectura, para recibir á los numerosos visitantes, que desde la mañana del día expresado llegaron en gran número.

Por la tarde, después de las solemnísimas Vísperas, en las que oficiaron de preste el M. R. P. José Cobo, antiguo párroco de aquel pueblo, y de ministros los RR. PP. Fr. Lázaro Ramírez y Fr. Mariano Isar, fueron reuniéndose todos los elementos que se habían preparado para la solemne procesión cívica anunciada. Esta partió del tribunal á las siete de la noche; para dar vuelta á toda la plaza, acompañada y amenizada por cinco nutridas y bien afinadas bandas de música, llamando poderosamente la atención la sección de caballería formada por jóvenes pudientes del pueblo, que vestían caprichoso traje, en el que se ostentaban cintas de los colores nacionales. A las ocho de la noche terminaba la procesión, dando principio la comedia visaya en la plaza del pueblo. A las cuatro de la mañana del día 28 las bandas nos despertaban con los acordes de la diana, que iban difundiendo indescriptible entusiasmo en el pueblo para la celebración de la festividad. A las siete empezaba ya á invadir la majestuosa y amplísima iglesia parroquial innumerable multitud de fieles, que iban á tributar la expresión del culto católico á su santo Patrón, dando principio á las ocho la solemnísima Misa mayor, en la que oficiaron los RR. PP. Sabas Fontecha, párroco de Miagao, y los párrocos de Lambunao y Mina, Fr. Nicolás Puras y Fr. David Casares, ejecutando un nutrido coro de voces y orquesta la del maestro Jimeno. Terminado el santo Evangelio ocupó la sagrada cátedra el elocuente orador R. P. Lorenzo Suárez, que pronunció un brillante panegírico del San-

(1) Copiamos este artículo de *El Eco de Panay*, diario que se publica en Iloilo (número correspondiente al 1.º de Febrero del presente año). En él se reseña la solemnísima función celebrada en Januay el día 28 de Enero en honor del glorioso patrón de aquel pueblo San Julián, obispo de Cuenca, y con motivo también de la bendición é inauguración solemne del grandioso convento-casa parroquial levantado por el celo y actividad de su actual curapárroco el M. R. P. J. Nicolás Gallo, agustino.

to. En el exordio del sermón hizo una breve y oportuna digresión sobre la nueva casa parroquial que iba á ser bendecida, dirigiendo un elogio muy merecido á la iniciativa, energía é inquebrantable constancia del Padre Gallo, que con la cariñosa y decidida cooperación de aquel laborioso pueblo, unido como un solo hombre á su siempre querido y venerado párroco, había llevado á cabo una obra tan grandiosa, sólida y de irreprochable elegancia, verdadera manifestación del progreso y arte cristianos, que ha de ocupar una de las más brillantes páginas en la historia de las obras de nuestros misioneros en Filipinas. El orador lanzó breves y acerradas frases contra los falsos apóstoles de un progreso vacío de sentido, del mentido progreso de los que han escrito su programa con el deshonor y la indignidad, de

vento. Llevóla á efecto el señor provisor y vicario general de la diócesis, M. R. P. Fr. Eustoquio Moreno, siendo padrinos en la sagrada ceremonia el probo y acaudalado ex-capitán D. Nicolás Galán y su señora, prestigiosos principales del pueblo de Janiuay, y beneméritos de aquella importante parroquia y de la nueva casa-convento. El acto resultó solemnisimo, asistiendo á él el clero, la principalía toda de Janiuay y numerosísimo pueblo, oyéndose al terminar la bendición los acordes de todas las bandas allí congregadas.

Al extinguirse los ecos de éstas, era colocado un artístico templete portátil ante la fachada y puerta principal del convento, en el que fueron situados dos niños de corta edad, pronunciando cada uno de ellos un discurso alusivo al acto, llamando justamente la atención



SUDÁN FRANCÉS.—Visitadores igouaddaren. (Pág. 466).

los que no comprenden el sacrificio y la abnegación; porque desconocen ó han renegado de lo que imponen, y entrañan los grandes conceptos de Religión y patria; conceptos deducidos por los *sectarios progresistas* á nuevas fórmulas de retórica hueca y empalagosa, porque á tales degenerados preocupan muy poco los grandes intereses por aquéllas representados. El P. Suárez, al discurrir sobre este punto, tuvo pensamientos felices y de gran actualidad, condenando con energía el servilismo mal sano y antipatriótico, que se prostituye para servir á cualquiera empresa vedada por las leyes del patriotismo y de la Religión, del sentido común y del sentido cristiano.

Todo estaba ya prevenido, al terminar el sacrificio de la Misa, para la solemne bendición del nuevo con-

los recuerdos históricos, de que abundaban ambos discursos, sobre obras parroquiales llevadas á cabo en este Archipiélago.

Terminada la bendición todo fué entusiastas y calurosísimas felicitaciones para el P. Gallo, que las recibió con la modestia que le caracteriza...

Y ahora perdonemos la proverbial modestia del Padre Gallo. Por su bondad de carácter, por su modo de ser siempre dulce y apacible, por su celo y constancia, y por su amor á sus queridos feligreses de Janiuay, que tienen en él el más entusiasta y desinteresado defensor, y la más decidida protección en todos los órdenes, por todas estas honrosísimas cualidades que le adornan es querido con delirio y profundamente venerado por todo Janiuay, pueblo que está dispuesto á lle-

var á cabo al lado de su párroco no ya sólo una obra como la del convento que acaba de ser inaugurado, sino todas las obras que quisieran verificarse; porque sabe aquel pueblo laborioso que la única aspiración de su párroco es el progreso, el legítimo progreso de su parroquia en todos los conceptos, y á esta idea capital, benéficamente trascendental, no puede menos de responder con todos sus elementos un pueblo digno y agradecido como el de Janiuay. Y esa meta á que el P. Gallo ha llegado en su querida parroquia, da la medida, nos presenta completamente transparente y clarísima, como la luz meridiana, la resultante necesaria, indefectible, del amor entrañable, del delirio con que aquel pueblo ha cooperado para llevar á feliz término una obra de clásica arquitectura, de gran solidez, y cuyas líneas todas revelan el gusto exquisito y la extraordinaria actividad que han debido intervenir para su trazado y desarrollo completos.

El nuevo convento de Janiuay se ostenta hoy como digna corona de los edificios parroquiales, erigido en aquel pueblo con grande pericia y con laboriosidad extraordinaria, y como digna manifestación del benéfico influjo del párroco, que ha sabido con cariño paternal dirigir con gran acierto todas las fuerzas vivas de un pueblo digno y siempre dispuesto á llevar su concurso para toda obra de interés público.

Cábele al R. P. Nicolás Gallo la gloria de ver terminado uno de los mejores conventos de todo el Archipiélago, y la satisfacción inmensa de que todos sus feligreses han respondido con voluntad decidida á los llamamientos que les ha hecho para realizar esa obra, á la que irá siempre unido el nombre del digno párroco, que con fe inquebrantable y constancia férrea ha iniciado, desenvuelto y llevado á cabo una obra verdaderamente gigante en la que le deseamos que disfrute muchas felicidades y largos años de vida para el progreso moral y material de la importante y populosa parroquia que regenta.

COMO SE CONQUISTA UN PUEBLO

UN misionero enviado por su Obispo á un cantón lejano, para estudiar si se podía establecer allí un sacerdote, llegó al término de su camino sin dinero y sin medios de volver. Con su último duro había comprado una botella de vino para poder decir la Misa, recurso supremo y único para resistir á las torturas del abandono.

En este sitio vivían europeos, y entre éstos, franceses. Los había saludado en la lengua de la patria, y estos hombres, porque era un sacerdote, no le habían respondido. Se puso debajo de un árbol, á alguna distancia de las casas en las cuales no podía esperar que lo recibieran, y vivió semanas enteras sin pan, con raíces desconocidas y mariscos que comía crudos, no teniendo utensilios para condimentarlos.

Pero la dureza perseverante de los hombres y el poco poder de su oración hacía mayor su tormento. Algunas veces pasaba algún habitante del pueblo, lo injuriaba y se alejaba. Nadie quería, no sólo apretarle

la mano, pero ni oírlo: ni un anciano, ni una mujer, ni un niño. Aunque continuaba siempre esperando, este alejamiento de Dios le destrozaba el corazón, y sentía disminuirse su vigor corporal, arruinado por la fiebre y la pena.

Un día vió que se le acercaba un joven que la primera palabra que le dijo fué: «¿Por favor, podéis darme algo de comer?»

Era precisamente otro sacerdote que enviaba el Obispo para buscarlo, y que muriéndose de cansancio y de hambre, no tenía ningún medio de llevarse lo ni de volverse.

Por causa de la pobreza del Obispo y de la inesperienza del país, había venido sin recursos. Sólo la caridad lo había sostenido hasta el término. Se acostó en el suelo, pidiendo algún alimento. El otro le dió los mariscos, que era su principal comida: almejas enormes, asquerosas y cuyo aspecto daba náuseas. El hambriento no pudo probarlas, y su huésped desolado veía el momento en que este desgraciado se moriría de hambre.

Esto último lo agobió. Se sistió vencido.

Pocos días después, los dos misioneros extendidos al sol ardiente, devorados de fiebre y de miseria, se dijeron: «Moriremos aquí. Que uno de nosotros haga un esfuerzo y celebre una última Misa; él comulgará al otro, y bendeciremos á Dios.»

Era el día de la Asunción. Echaron suertes sobre quién había de decir la Misa. Le tocó la suerte al primero que había llegado. Ofreció el santo Sacrificio por su hermano moribundo, acostado cerca del altar de tierra, y por él mismo, que estaba convencido de morir también. Tuvo que empezar veinte veces, desesperanzado muchas veces de poder acabar, y esta verdadera Misa de difuntos duró cerca de tres horas.

En fin, el moribundo pudo dar la Santa Hostia al agonizante, y consumir el triple sacrificio, en el cual el sacerdote y el asistente se inmolaban ellos mismos con la Víctima, y el consuelo de los moribundos era muy grande en este acto supremo de fe y de amor, muy capaz de consolar el Corazón del Hijo de Dios en la agonía. El mártir miraba con ternura á su hermano mártir, desfalleciendo al pie del altar, y éste viendo el candor y el alma angélica de este joven sacerdote, que caía tan tranquilo al principio de la carrera, la ofrecía y se ofrecía á sí mismo como precio de la común victoria que quería el Crucificado para ellos, y que á su vez ellos querían para El.

Cuando concluyó la Misa, el celebrante se acostó al lado de su compañero, y esperaron la muerte. No tardó. Por la noche expiraba el joven sacerdote. Su último suspiro rozó los labios de su hermano, que no pudo sino con un esfuerzo extender la mano sobre la cabeza como señal de última bendición y último adiós.

Algunos pasaron por la mañana. Vieron el cadáver y el moribundo á su lado.

Llevaron la noticia al pueblo, y estos corazones duros, comprendiendo lo que había pasado, se ablandaron al fin, ó más bien, la muerte había vencido, y Dios declaraba su victoria. Vinieron, pues, trayendo agua fresca y alimentos. El misionero que aún vivía, imposibilitado siempre de moverse, sintió en fin que una mano estrechaba la suya. No eran ya los mismos hom-

bres. Al pie del altar abrieron una fosa; allí enterraron al victorioso y hermoso cadáver, y en seguida, llevando en sus brazos al enfermo, lo suspendieron sobre el borde de esta fosa para que pudiera bendecirla. Hicieron más. A su ruego cortaron un árbol grande é hicieron con él una cruz, que plantaron sobre este sepulcro ya fecundo.

Así apareció la cruz y tomó posesión de este nuevo dominio.

Ahora hay allí una nueva ciudad, una iglesia y millares de católicos tan dóciles á la voz de su Obispo, como queridos de su corazón, y su Obispo es este misionero tan cruelmente rechazado. «Voy allí tanto cuanto puedo, me decía acabando su relación. Logro contener mis lágrimas, y mi corazón está lleno de gozo en la admiración de las cosas de Dios: cuando he querido hablar al pueblo al pie de esta cruz, no he podido sacar de mi pecho más que palabras sueltas y sonidos inarticulados.»

Así es como la cruz se planta y echa raíces; así es como germina una iglesia y sale de la tierra; así es como un país entregado á las tinieblas de los salvajes y á las barbaries más terribles de la civilización viene á ser una diócesis. Así entran las buenas costumbres puras, las costumbres piadosas, las escuelas, los hospitales, los estudios que elevan el alma y hacen la fuerza, la gloria y el encanto de la civilización, y tales son los hombres que emprenden estas cosas y que las llevan á buen fin.

BOSQUEJO HISTÓRICO

DEL ACTUAL ESTADO DE LAS MISIONES FRANCISCANAS EN EL NORTE DE LA PROVINCIA DE SANTA FE, POR EL PREFECTO APOSTÓLICO DE LAS MISIONES, FR. VICENTE CALONI.

XIX

Reducción de San Javier

EL trayecto por tierra de Santa Rosa á San Javier, es más ó menos de veinticinco leguas; en mensajería unas quince horas de viaje. No hablaré del viaje por agua, porque es triple, triste y cansado, por las vueltas y revueltas de los riachos y aridez de las islas. Se comprende que hablo del río bajo, porque creído es imposible hacer el viaje por tierra.

Al salir, pues, de Santa Rosa, se entra en unos espesos bosques de aromitos, seivos, ombúes y algarrobos; ñandubais pocos.

El conductor tiene que andar con mucho cuidado, pues está expuesto que un silencioso tronco, de los que hay muchos en el camino, ponga en peligro la vida de todos los pasajeros, ó verse obligado á suspender el viaje por las roturas del vehículo.

Al llegar el paso del Dorado, antes peligroso por los tigres y de gente *non sancta*, los pasajeros deben asirse fuerte de algún modo al carruaje, y encomendarse con fervor á Santa Rita para que ilumine al mayoral, ya cansado por las pasadas peripecias, y no caiga envuelto entre el barro en los pozos que ha formado el remolino de las aguas en la creciente, y salve á ellos de un revoltijo no muy agradable.

De un sobresalto á otro llega al Zanjón del Conde ó de los Ahogados: aquí es otro hablar. «Mayoral, dicen á una voz los pasajeros, ¿hay peligro?—No: el río está bajo, vamos á despuntarlo.—¡Perfectamente, adelante!» Cuando todavía á uno no le ha pasado el susto y aun entre el bosque, una voz exclama: «¡Ya estamos en Cayastá!» Efectivamente, nadie puede apercibirse de la cercanía de la colonia, hasta que no ha salido por completo del monte.

Cayastá está en el mismo lugar que ocupó la antigua Santa Fe, y por eso el río que le costea y sigue para abajo toma el nombre de Pueblo Viejo hasta desaguar en el Colastiné.

Nada hay en esa colonia que recuerde el lugar preciso donde estaba la antigua capital de la provincia, á no ser por los cimientos que se descubren en la barranca del río por sus desmoronamientos.

Actualmente Cayastá forma una colonia numerosa, rica, laboriosa y creyente: sus habitantes en su gran mayoría son franceses y suizos católicos, traídos desde un principio de la colonia San Carlos por el Conde de Tisier, padre, en el año 1867: con su puerto de mar, exporta con facilidad grandes cantidades de maní, que constituye su riqueza y su porvenir.

El terreno, de una extensión de legua y media de frente y una y media de fondo, es de la misma calidad del de Santa Rosa, y su valor ha llegado á un precio muy subido, vendiéndose una concesión hasta cinco mil pesos nacionales.

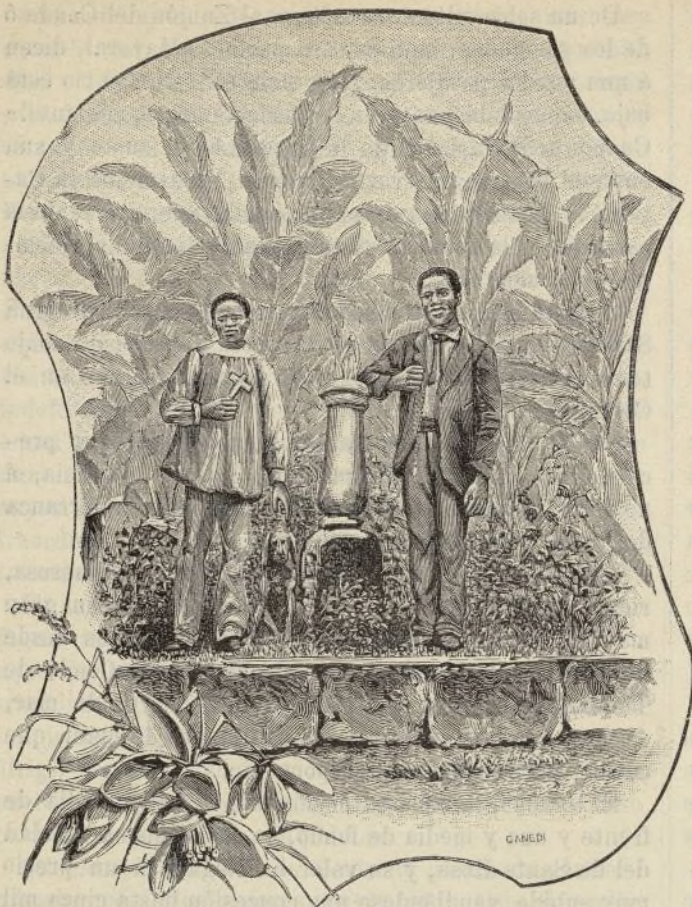
Esto procede, según tengo entendido, del gran aumento de la población y de la poca capacidad del terreno en proporción á ella, por lo que muchos de sus hijos emigran á la colonia Ramayón y Escalada sobre la vía férrea de Reconquista, donde el terreno es más barato y de mejores condiciones. La población ha de ser como dos mil quinientas almas. Linda por el Este con el río Pueblo Viejo; por el Oeste con el Bañado ó Saladillo; por el Sud, Bañado y distrito Santa Rosa, y por el Norte con la colonia Helvecia.

Esta colonia, fundada sobre la derecha del río San Javier por el Dr. Román el año 1867, tiene un magnífico puerto, donde pueden allegarse buques de bastante calado en todas las estaciones del año. Con esta ventaja esa colonia despliega un comercio bastante activo y numeroso; tiene varias casas fuertes, dos fábricas de aceite, de maní, una especialmente digna de atención. Tiene además una pequeña capilla atendida por un sacerdote católico; pues la inmensa mayoría de la población profesa las mismas creencias.

En esta colonia viven personas y familias de todas las razas y de todas las lenguas, pero todos contráidos al trabajo y sementera de maní y sandías, que impulsan á la colonia hácia el progreso y bienestar de sus habitantes.

La extensión de esta colonia es como de cinco leguas de largo y media de ancho de terreno fructífero, y su población de unos seis mil habitantes. Linda por el Este con el río San Javier; Sud, colonia Cayastá; Oeste, Bañado ó Saladillo, y Norte, con el departamento San Javier: de Santa Fe dista veinte leguas.

Al salir de Helvecia, al Norte, va uno como embelesado por hermosas y extensas chacras, y de bellas quin-



DOS DE NUESTROS APRENDICES. (Pág. 464)

tas de colonos; pues se presta para esto la alta y baja planicie de terreno, intercalada de montes silvestres, de arbustos, algarrobos y seibos, hasta llegar al saladero

de San Javier, vasto establecimiento donde se benefician cientos de miles de reses en carne salada para la exportación, y en donde ganan su vida una gran multitud de correntinos y paraguayos, y por el que la ganadería ha tenido un impulso vigoroso, así en la multiplicación de establecimientos ganaderos, como en la suba del precio del animal vacuno yegüerizo.

Al dejar el saladero, se entra en una extensión de campo de ocho leguas de largo, siempre sobre la costa del río San Javier, lleno de establecimientos ganaderos. A dos leguas antes de llegarse á nuestra Reducción se encuentra la colonia francesa; y desde ésta se empieza á ver una torre, que indica ser de un templo católico. Es la del templo de nuestra Reducción de San Javier; donde los Padres misioneros Franciscanos, entre varias y diversas vicisitudes, desde el siglo pasado han sido siempre, sin desmayar nunca, los centinelas avanzados de la civilización cristiana, y hasta si se quiere defensores con sus indios de la frontera contra el avance y rapiña de los salvajes.

Esta Reducción el año 70 era la última población de la provincia al Norte sobre la costa del río San Javier; y por el río, cuando se presentaba algún buque, ó por tierra con grandes peligros de la vida, se recibían de vez en cuando comunicaciones de la capital. La vida, á más de ser penosa era angustiosa, y el P. Hermes Constansi, misionero de esta Reducción, tenía que adaptarse y conformarse con todas las penalidades de la vida.

Hoy San Javier es una población importante, situada en una hermosa ensenada sobre el río del mismo



CHINA.—Cristiandad de la Misión del Chan-Tong Oriental, en el valle del río Jaune. (Pág. 477)

nombre; presenta una bella y encantadora sorpresa al viajero que salido de Helvecia llega á ella por agua, después de haber recorrido 25 ó 30 leguas entre islas áridas, y las vueltas y revueltas de sus riachos.

La planta urbana del pueblo es bien delineada: tiene buenas calles, dos plazas, buenos edificios, muchas casas de comercio, algunas de verdadera importancia: un hermoso templo construido por el exprefecto de Misiones Fr. Antonio Rossi, en tiempo de las más grandes penurias y dificultades, una jefatura política, un sacerdote misionero franciscano que la dirige, una escuela graduada de niños y niñas, juez de paz, Comisión de Fomento, y un cementerio de cien metros cuadrados con pared de buenos y escogidos ladrillos.

El número de sus habitantes con su departamento es más ó menos de seis ó siete mil, dividido del modo siguiente: indios, ochocientos; criollos y extranjeros, seis mil.

De la jefatura de ese departamento dependen las colonias extranjeras de San Javier, la Francesa, la Galensa, la California, la Alejandra y Malabrigo (1).

(Se continuará.)

CRÓNICA

Jerusalén.—El santuario de San Esteban en Jerusalén acaba de abrirse nuevamente al culto católico. La nueva basílica elevase sobre los cimientos de la antigua al pie del monte Bézetha; mira al Oeste su fachada de líneas severas, y al Este sus ábsides. Al igual que antiguamente, elevase á ambos lados un monasterio. Entre las columnas vese el pedazo de tierra que regó la sangre del Protomártir.

El nuevo templo fué solemnemente bendecido por el Patriarca de Jerusalén. Los cónsules de Francia y Rusia contribuyeron con su presencia á dar mayor realce al acto.

El santuario de San Esteban pertenece á los Padres Dominicos franceses, cuyo prior es el Rdo. P. Le Vigouroux. El altar mayor está consagrado al Santo Protomártir, el ábside de la derecha á Nuestra Señora del Rosario, y el de la izquierda al apóstol San Pablo: representa cuando fué muerto á pedradas San Esteban: la conversión de San Pablo en el camino de Damasco siguió de cerca al martirio del santo Diácono. San Lucas, el historiador del martirio de San Esteban en el libro de las Actas; San José; Santo Domingo, bienaventurado fundador de los Padres Dominicos; Santo Tomás de Aquino, príncipe de la Teología católica; San Jerónimo, padre de la exégesis; Santa Catalina de Sena, patrona de la Tercera Orden; Santa Magdalena y Santa Catalina de Alejandría, las dos protectoras de la Orden; el bienaventurado Jordán de Saxe, que murió ante San Juan de Acre viniendo á visitar la provincia de Tierra Santa, son los Santos á los cuales están consagrados los demás altares de la basílica.

Chang-tong Oriental (China).—Reproducimos hoy de fotografía remitida por un Padre misionero el grabado de la página 476 vista de una de las cristiandades del Chang-tong Oriental que más penalidades sufrieron en los últimos años. En Agosto de 1895 salió de madre el río Jaune, inundando toda la comarca, arruinando varias cristiandades, arrastrando numerosas casas y

echando á perder la cosecha. El agua cubrió seis meses la tierra y fué causa de que la cosecha de Junio próximo fuera casi nula. Después de esta tan escasa sembraron habas para recolectar en otoño, pero en cuanto empezaban á crecer dichas leguminosas la lluvias de verano, cayendo en gran cantidad, cubrieron nuevamente y por largo tiempo la tierra, aniquilando la segunda cosecha con tan vivas ansias esperada. La pérdida de la del otoño de 1895 y de las dos del 1896 dejaron sumidos en la miseria á muchos cristianos del distrito, pobres en su mayoría.

La tierra fué sorbiendo el agua de las lluvias y entonces sembraron trigo. Hermoso aspecto presentaban los campos, y ya los abatidos corazones abrigaban risueñas esperanzas. De súbito el fuerte dique que contiene las aguas del río Jaune cedió, y el día 28 de Febrero de 1897 al despuntar la aurora vieron los habitantes de tan desgraciada región cubiertos otra vez por inmensa sábana de agua los campos en que la víspera cifraron sus esperanzas.

Tan repetidas desgracias aumentan el interés de la vista de la cristiandad de la Misión del Chang-tong Oriental.



Italia.—Encuétrase actualmente en la Península el P. Miguel de Carbonara, prefecto apostólico de la Eritrea.

El mundo liberal inclínase con respeto ante este humilde capuchino, que con ocho de sus hermanos en Religión y doble número de esposas del Señor y con celo verdaderamente apostólico, empléase en la obra difícil de evangelización de aquellas tierras. La esposa del rey Humberto, según cuentan los cronistas italianísimos, le ha colmado de agasajos en Turín (en otra parte no podía ser), y el Ayuntamiento de Carbonara Serivia, tierra natal del insigne hijo de San Francisco, le ha invitado oficialmente á visitar aquella población, añadiendo que sería para éste día de fiesta el en que tal hiciese.

Algo es que de tal modo se rinda homenaje á la virtud eminente de los mensajeros del Evangelio; sería, no obstante, bastante más práctico unir á las alabanzas y á los encomios, algún subsidio para la Misión que gobierna el P. Miguel de Carbonara, y que está reducida á vivir de la caridad de los católicos, por no figurar una lira para ella en el presupuesto de la colonia.

No llega á tanto la abnegación de quienes han usurpado sus bienes á la Religión de que forma parte el Prefecto apostólico de la Eritrea y á las demás Ordenes Religiosas.



Noticias varias.—Hemos recibido cuatro nuevas entregas de la *Leyenda de Oro*, que publica la Casa editorial González y C.^a, de esta ciudad. Con ellas se termina la colección de vidas de Santos escrita por el P. Rivadeneyra, principiándose á continuación, como complemento de toda la obra, una *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, por el M. I. Sr. Dr. D. Eduardo M.^a Villarasa, dignidad de arcipreste de esta Santa Iglesia. Recomendamos muy encarecidamente á todos nuestros subscriptores tan interesante publicación, editada con verdadero lujo y buen gusto, y enriquecida con numerosas láminas litografiadas.—Los editores de la misma nos participan que, terminado su piadoso libro en cuatro tomos en 4.^o, compilación de las vidas de los Santos que en sus altares venera la Iglesia católica, trabajo debido á nuestro áureo siglo en piedad y letras, perfeccionado en la moderna y quinta edición con la colección de Santos y Beatos contemporáneos, con estudios agiográficos acerca del Salvador y de la santidad y los Santos, ha quedado enriquecida con cuarenta días de indulgencia que el señor Obispo de esta diócesis se ha dignado conceder, con decreto de 12 de Septiembre último, á los diocesanos suyos que devotamente leyeren algún párrafo de ese precioso libro.

SEVERIDAD MONÁSTICA (pág. 461).—Cuenta Cesario que en la Orden del Cister enfermó un Religioso, y después de haberse confesado, al querer recibir el Santísimo Sacramento no pudo en manera alguna pasar la Sagrada Forma, falleciendo al poco rato

(1) Linda por el Sud con el departamento Garay; Oeste con el departamento San Justo; Norte con el departamento Reconquista; Este con las islas del río Paraná.

sin que lograsen conseguirlo los caritativos esfuerzos de sus compañeros de Religión. Fueron á amortajarle, y ¡al hacerlo halláronle escondidos bajo la ropa interior cinco sueldos de cobre, contra lo que prohibía el santo voto de pobreza que había profesado. Con esto se vió clara la mano de Dios que había castigado á aquel infeliz por su pecado, y para reparar el escándalo que con él había dado á la Comunidad, mandó el Abad fuese sepultado su cadáver en el campo, fuera de sagrado, y que sobre él se arrojase el dinero por el que había olvidado sus votos, diciéndole todas aquellas palabras de San Pedro á Simón Mago: *Pecunia tua tecum sit in perditionem*: «Contigo te llesves tu moneda para tu perdición.»

Este caso de las antiguas crónicas cistercienses ha reproducido con todos sus detalles de austera majestad un moderno artista alemán en un cuadro célebre del que es copia nuestro grabado de hoy.

VARIEDADES

EL DIA DE UN MISIONERO

(Conclusión)

CONCLUIDA la Misa y mi acción de gracias, empecé á sentir que tenía necesidad de comer un bocado. Llevaba mucha prisa. Acércase á mí una joven en la iglesia; la reconocí por haberla dirigido cinco ó seis años antes, durante una Misión bastante larga. Buena criatura, alma cándida, genio alegre y encantador.

«—¡Vos por aquí, mi cara Luisa!

«Pues la había visto tan joven que la llamaba así con toda franqueza, no pensando en el tiempo que había transcurrido.

«—Ya no me llamo Luisa, me respondió; soy la señora de tal.

«Y se echó á llorar. Luego, presentándose una criaturita rosada y hermosa como un ángel, dijo:

«—¡Benedicid á mi hijo, y que sea más feliz que su madre!

«Luisa iba bien vestida; su semblante triste no anunciaba por otra parte enfermedad ni miseria, y la criatura rebotaba salud. Comprendí de qué se trataba: ¡matrimonio desafortunado; llaga terrible, para cuya curación apenas tenemos remedio!

«En efecto, un músico, un poeta, un no sé qué, un hombre sin reputación y sin talento, según se asegura... vos lo conocéis tal vez, mas no puedo nombrarlo, se enamoró fatalmente de la cándida Luisa, se hizo amar por ella, y no pudiendo sin duda seducirla, la había tomado por esposa. La infeliz rehusó á un honrado joven que la llora todavía, y que ella tiene el dolor de echar hoy á menos. En fin... le pregunté si su marido la había abandonado.

«—¡Ay! me contestó, ha hecho peor. A menudo se me pasan muchos días sin verlo... y trae á casa...

«El llanto le impidió continuar. Me estremecí al considerar lo que podía pasar en el corazón de aquella joven.

«—Hija mía, continué, ¿permanecéis fiel á la Religión?

«—¡Padre mío, replicó, soy tan desgraciada y Dios me prueba de un modo tan horrible! Vengo algunas veces á llorar á esta iglesia, pero he descuidado todo lo

demás. Mi fe es muy débil. M*** es completamente impío. De mi misma desgracia saca argumentos contra la Religión, que he escuchado demasiado. Ayer le reprendí por haberme olvidado. «¡Hago, me dijo, como «tu fiel Jesús; pídele que me devuelva á ti!»

«Por fin, ella me confesó que desde la Pascua no se había acercado á los Sacramentos, es decir, hacía casi un año, y que no tenía director.

«—Es menester que os confeséis, le dije.

«—¡Sí, Padre mío! replicó con un valor admirable; ya es tiempo.

«Entregó su hija á la arrendataria de las sillas, y la confesó en seguida. ¡Ay, solicitud de mi buen Señor, que no quiere se descarrien sus ovejas y que el rapaz lobo las devore! Fuéme muy fácil hacer aceptar á aquella pobre mujer todo el rigor de sus deberes, y después de confesada le di la Comunión. Al pobre enfermo Dios había dado un asilo; á la huerfanita una madre; al alma atribulada, combatida, se dió El mismo con una superabundancia de fortaleza y de fe, que la puso en disposición de afrontar el peligro y soportar el peso de su destino.

«La niña de Luisa no había sido bautizada. Su marido fué tan cruel, que la atemorizó, no queriendo que su hija fuese atraída al cielo por el lazo sagrado que nos salva. Juraba que mataría al sacerdote que se atreviese á bautizar á la niña. Comprenderéis que la amenaza no me intimidó gran cosa. Decidida Luisa á arrojarse todo, la envié á su casa, dándole cita para la iglesia al medio día, acompañada de una madrina. Sobre el padrino tenía yo formado un pensamiento que á ella le parecía impracticable. Vais á ver cuánta es la bondad de Dios.

«Corrí... Tomé un birlocho para ir más de prisa; corrí al barrio del Marais, y en una casa negruzca, al último piso, encontré una especie de viejo Flamand que parecía no tener otra ocupación que fumar con su pipa, y vaciar su cantarillo de cerveza. Era el suegro de Luisa, que vivía allí con la pensión que le daba su hijo, pensión bastante escasa, como podéis figuraros; pero, en fin, hacía vivir al buen hombre, y formé mejor opinión de nuestro bergante. Si abandonó á su mujer, á lo menos no abandonaba á su padre. Hay que hacer una observación, que he hecho siempre con mucho consuelo, y es que Dios se reserva casi siempre en las más ingratas almas alguna pequeña puerta por donde poder entrar; un pequeño rincón donde quede una pequeña virtud que hable de él. Ese ligero poeta tiene ciertamente trazas de querer menospreciar todos los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Pues bien, no; le sorprende en flagrante delito de piedad filial: *Honrarás á tu padre y á tu madre.*»

Interrumpí al misionero.

«—Mi buen abate, le dije, permitidme que observe en vuestra caridad un ligero error. Yo creo que vuestro hombre alimentaba á su padre, pero dudo que lo honrase. ¡Si supieseis lo que es un padre para esa gente!

«—Vamos, señor rigorista, exclamó el abate Plan-son. Sé que no se pueden pedir á esos atolondrados, refinamientos y delicadezas; pero si no honran á sus padres, contraen mayor mérito al alimentarlos. Cuando advierto en ellos las virtudes de los salvajes, estoy

muy contento de ellos; su fondo es mejor que sus máximas.

«Vi que el anciano Flamand era muy buen hombre, y no del todo enemigo de la Religión. Hícele comprender que era necesario que su nieta fuese bautizada. A decir verdad, él no veía gran necesidad de hacerlo, pero se rindió á las razones de sentimiento. Por fortuna amaba á Luisa. Hablome de su difunta esposa, del tiempo de su juventud y de su país. ¡Providencia de Dios que acude á todo! Cabalmente había yo visitado su país, había predicado en la iglesia en que él fué bautizado, y esta circunstancia vino á más y mejor. Bebí cerveza. «¡A vuestra salud, señor Cura!—¡A la vuestra, señor tal!» En verdad habría fumado si él hubiese querido. ¿Por qué no? San Pablo y San Pedro comían con los gentiles... En una palabra, en menos de una hora hice que aquel buen hombre se decidiese á ser padrino, y me lo llevé. En la iglesia encontramos á Luisa con su madre, que había de ser madrina de la criatura. Celebróse el bautizo. Ved á la hermosa niña hecha cristiana; á Luisa más dichosa que lo había sido desde su matrimonio; y lo que no es despreciable, al padre del marido y la madre de la mujer, que se habían indispuerto un poco, reconciliarse, uniendo sus manos y sus corazones sobre aquella inocente cabeza. En efecto, creo que bien pueden deponerse los rencores en semejante ocasión. Pero decidme, vos que os dedicáis á la literatura, ¿no es verdad que el misionero ha jugado una famosa partida al hombre de letras? ¡Y bien! no se enojó. Aquella misma tarde Luisa le participó que su hija estaba bautizada: ¿y qué creéis que hizo aquel hombre original? ¡Me envió sus obras: cuentos, novelas, versos! obras á fe mía muy bien impresas. Pareciéronme un poco frívolas, pero haré un esfuerzo por leerlas. En el fondo creo que es más ligero que depravado. Es como muchos otros literatos: escriben, escriben; ni siquiera advierten que estampan en el papel absurdas herejías, porque no saben nada.

«Mi caro amigo, ¿creéis que la jornada ha concluido? No del todo. Estaba escrito que había de tener otro encuentro en aquella dichosa iglesia. Mientras practicaba el bautizo, percibí unos gemidos... ¡Qué! ¡gemidos! unos sollozos. «¿Qué es esto?—Precisamente, «señor, me dijo el portero, es una persona que pide «por vos; está allí, en una capilla llorando amargamente.»

«Aguijoneado por aquellos gritos que me precisaban á acudir, despedí á Luisa, é hice decir á la persona desconocida que me aguardase en la sacristía.

«Llegó: ¡qué lástima! el portero la sostenía, pues apenas podía andar, y en llegando cayó en seguida de rodillas. Era una desesperación indecible. La conduje á otra sacristía más interior, donde nos hallamos solos. Sus sollozos aumentaban, y todo lo que pudo articular con voz entrecortada, fué:

«—¡Padre mío! ¡Padre, mío, perdonadme!

«—Hija mía, le dije, buscando inútilmente por encontrar un nombre en aquella fisonomía de la que no conservaba más que vagos recuerdos; hija mía, consolaos y tened confianza, puesto que venís á encontrarme. Si no necesitáis más que mi perdón, lo tenéis bien adquirido; si os falta algún otro, lo alcanzaremos. Sose-

góse un poco, me miró, y viendo que no podía acordarme de quién era:

«—¿Habéis sido tan bueno para mí, exclamó, y no me conocéis?

«Entonces por un esfuerzo de la paternal memoria que da Dios á sus ministros, reconocí en aquella afligida mujer á una joven que mucho tiempo antes, y siendo coadjutor, había dirigido con particular cuidado por tener un alma fogosa, pero adornada entonces de inocencia y de candor. Al primer golpe de vista comprendí todo lo que aquellos sollozos y aquel arrepentimiento dejaban adivinar.

«—¡Y qué! exclamé, juntando las manos, triste á la vez por lo que había temido en otro tiempo, y por lo que ahora veía: ¡sois vos, mi pobre niña!

«—¡Ah! Padre mío, respondió á esta palabra, redoblando sus lágrimas, sí, soy yo, mas no tal cual me habíais conocido. Aquí tenéis á una desgraciada que de falta en falta ha abandonado á Dios, su familia, su nombre, y al presente soy...

«No pudo continuar.

«—Al presente, le dije, sois una arrepentida que quiere recobrar á Dios, su familia y su nombre. Dios es bueno, hija mía; si le entregáis vuestro corazón, todo os será devuelto. Orad aquí, enjugad vuestras lágrimas, y dentro de algunas horas venid á encontrarme; juntos veremos lo que á vuestra situación conviene.

«La dejé y no perdí tiempo. Al cabo de algunos minutos estuve en casa de la señora de***.

«—No se trata, le dije, de darme solamente una cama para mi niña; dadme un buen aposento para una gran penitente, que es preciso retirar del mundo ahora mismo; porque está hoy muy arrepentida, pero no dejará el diablo de meterse de por medio, y tal vez mañana será otra y no querrá ya.

«—En cuanto á eso, me contestó la señora de***, es un asunto urgente y tenemos siempre lo que deseáis. Le daré desde luego mi cama, é iré á pasar la noche en la capilla.

«—Esto es hablar en cristiano, exclamé, ¿pero y mi niña?

«—Nuestro Señor, replicó, ha providenciado. Por un encadenamiento de felices circunstancias, una de nuestras huérfanitas ha encontrado á sus padres á quienes se creía perdidos. Están muy contentos, son buenos cristianos y vendrán luego á buscarla para tenerla en su casa. Daremos su plaza todavía caliente á vuestra niña. Id, pues, á buscarla, porque tengo horror al vacío.

«No me tomé siquiera tiempo para dar gracias á la señora de***. Salíme radiante de alegría, y fui á buscar á la niña. Había sido depositada en manos de una portera ¡pobrecito ángel! como un paquete. ¡Se hallaba en un estado! llevaba encima toda su ropa, como un misionero, y no tenía otros pañales. El mobiliario quedó para pagar el alquiler, y todavía el propietario no quedó contento. ¡Cuántos hay, mi amigo, abandonados así en este triste París, á pesar de los buenos cristianos que se multiplican para socorrerlos!

«Había tomado otro carruaje, pues es preciso hacerse llevar en vuestro París, que no tiene límites. Hícame conducir á la Comunidad en que me alojaba, y se me

dijo que una señora me esperaba para hablarme. Era mi arrepentida. Me alegró su exactitud, y la tomé como un feliz presagio.

«Estaba aún conmovida, pero á su emoción se unía ya el temor de los sacrificios que podría exigirle. Lo había previsto y tomado mis medidas, decidido á no dejar perder la gracia de que era objeto aquella pobre extraviada.

«—Ante todo, le dije, ¿me prometéis no salir de aquí sino para ir al lugar donde os conduciré?

«Vaciló, y quiso explicarme su situación.

«—No, repliqué, no escucharé nada si no juráis obedecerme; pues si sólo queréis entristecerme con la relación de vuestras faltas y el espectáculo de vuestros inútiles remordimientos, ya los conozco. No es esto lo que ha querido Nuestro Señor al dirigirme á vos. En nombre de vuestra madre y de los recuerdos que os han conmovido cuando me habéis visto, sed obediente como lo erais antes de vuestros extravíos, á fin de recobrar la dicha y la tranquilidad de que gozabais en aquel tiempo.

«Vencida por la autoridad que Dios quiso dar á mi palabra, volvió á tomar el yugo que antes tan suavemente había llevado, y prometió hacer lo que le mandase. Entonces escuché su relación. No es necesario que os la traslade: son demasiado sabidos los caminos por que puede pasar una pobre joven que huye de la casa de su madre. Por fin, ajustóse en un teatro, y á los pocos días iba á hacer su primera salida. Como tenía buena presencia y había recibido una educación esmerada, circunstancias que faltan generalmente á las actrices, según se me ha dicho, se le pronosticaba por los jueces más competentes un éxito notable. Ella se mecía en esta esperanza. Familia, Religión, pasado, todo quedó borrado de su corazón; no pensaba más que en hacerse aplaudir. Fué á la iglesia para estudiar (¡ved, ved la admirable industria de la Providencia!) una figura pintada, cuya apostura y actitud quería copiar en su papel de inauguración. ¡Ah! quedé confundido al oír esto. Maquinalmente, por aquella secreta necesidad de orar que el aire de las iglesias inspira siempre cuando se ha conocido á Dios, se arrodilló y oró. La oración le trajo á la memoria, más vivamente que de costumbre, aquello que se esforzaba por no recordar nunca. En aquel momento salía yo de la sacristía para ir á las fuentes bautismales, y pasé cerca de ella revestido con el sobrepelliz y la estola. Como aquel general francés encargado de detener á San Pedro, que retrocedió á vista del Pontífice, así ella viendo aparecer su primera Comunión, vió pasar conmigo los días de su inocencia y de su fervor, la ternura de sus padres, sus promesas á Dios, sus perjuros, toda la cadena fatal de sus pecados. Vió lo que había sido, lo que era, lo que iba á ser para siempre. En otro tiempo, noble virgen, se sonrojaba á la menor mirada que se le dirigía; después, criatura desvergonzada, provocaba audazmente á todos los ojos; en otro tiempo hallaba en el fondo de un confesonario lágrimas de arrepentimiento por las ligeras faltas de su edad, y con todo, miraba con cierta tranquilidad los vicios de su corazón! Consideró que ella había cambiado, pero que Dios no cambia; que podía perdonar, pero que también podía cas-

tigar... Refirióme más por extenso los pensamientos que repentinamente la asaltaron. Sin tomar ninguna resolución, sin saber lo que hacía, involuntariamente, dominada de un santo temor, pidió misericordia al clérigo que tan á menudo la había consolado; así como cuando niña en las súbitas tinieblas de la noche invocaba á su madre.

«—Habéis hecho bien, le dije, y no me habéis llamado en vano. Os reconciliaré con Dios, estoy seguro; con vuestra familia, así lo espero; os devolveré vuestro nombre, la tranquilidad y el honor. Mas es menester quererlo, es necesario romper con el mal. Voy á llevaros inmediatamente á una santa casa, de donde no saldréis sino para volver á la casa paterna.

«Habíame prometido no objetar nada, y cumplió su palabra. Con todo vi que el esfuerzo era grande; que aquel pobre corazón, á despecho de su arrepentimiento, quedaba indeciso.

«—¿Qué reflexiones, añadí, os quedan por hacer? ¿Será necesario para romper con el vicio más tiempo que el que se necesitó para romper con el deber? ¡No! no quiero que venga nadie á combatir vuestras vacilantes resoluciones. Abandonadlo todo y salvad vuestra alma.

«¡Oh poder de la gracia, oh clemencia infinita de mi Salvador! No sólo obtuve la acción generosa que pedía, sino también el pleno consentimiento que no me atrevía á esperar.

«—¡Vamos, Padre mío! me dijo: estoy resuelta, Dios lo quiere; ¡partamos, es preciso morir!

«El carruaje esperaba; en él hallamos á la huerfanita que dormía sobre mis hopalandas; y nos fuimos los tres á casa de la señora de***, donde se nos recibió con el corazón abierto. La huerfanita fué luego llevada á una buena señora que la vistió de la cabeza á los piés, y mi heroica penitente á la celda que se le había preparado. Apenas puso en ella los piés, halló su tranquilidad. La señora de*** la vió echarse á sus piés hecha un mar de lágrimas, protestando que se abrían sus ojos al desengaño, y que tanto como la había atraído el mundo, otro tanto le causaba horror. Pronto y merced á la meditación, á la oración, á la absolución, al Pan eucarístico, aquella alma debilitada y no perdida renació á la inocencia, no ciertamente la blanca inocencia del cordero, pero sí la inocencia también gloriosa de las lágrimas, del arrepentimiento, de la expiación. Ahora, feliz en medio de su familia, mi convertida bendice á Dios, y es una ejemplar cristiana.»

—Mas, mi buen Padre, dije al abate Planson, ¿aquel día dónde comisteis?

—No me acuerdo, respondió admirado; ¿qué importa esto? ¿por qué queréis saberlo?

Lo abracé, y arrodillándome le pedí la bendición.

LUÍS VEMILLOT.

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

J. S. 3 pesetas.
(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino 5, Barcelona

Varias veces decía á Constanca:

—¿Creéis que nuestros padres no poseyeron estas virtudes que tanto encomiáis en los cristianos? ¿Qué ejemplos de firmeza y de valor entre los Cincinnatos, los Camilos y los Fabios! ¿Han sufrido vuestros Mártires más que un Régulo? ¿aventajan en virtud vuestras vírgenes á nuestras vestales? ¿son más puras vuestras esposas que Cornelia, Octavia, Calpurnia? ¿Faltábanles á Druso y Germánico todas las cualidades de los héroes y de los sabios?

—No negaré vuestros ejemplos, querida Lea; nuestro Criador ha hecho el hombre á su imagen, y la divina semejanza resplandece en los individuos de toda nación: el más bárbaro, el que vive en las extremidades del mundo, tiene en sí mismo algunos rasgos de su Criador. Pero esas grandes virtudes de que habláis, Lea, y que atribuí á varios paganos, son el patrimonio de los cristianos más pequeños y humildes. Algunas virtudes austeras, heroicas, que brillen entre vosotros, forman tal excepción, que la historia las registra y las transmite á las futuras generaciones; mientras entre nosotros son el deber, son la regla. Nombráis vuestras vestales, bien contadas por cierto, y á quienes unía á los altares de su diosa la fuerza y el terror; nosotros no podríamos contar nuestras vírgenes, ¡tan numerosas son las castas frentes ocultas bajo el velo! ¡Citáis un Régulo! nosotros millones de Mártires! Sólo los Angeles conocen los nombres todos de esta cohorte intrépida. ¡Ah! mi querida Lea, si quisieseis acompañarme un día á las Catacumbas, tal vez se conmovería vuestro corazón al ver aquellos sepulcros silenciosos y llenos de gloria, y entonces me preguntaríais si son vanas las esperanzas por las cuales los Mártires han sufrido la muerte!

Estas palabras pronunciadas con calor y con ternura impresionaban á Lea, pero no cedía aún; reteníala en el error la memoria de su abuelo y sus supremas prohibiciones, y se resistía contra la persuasión que á veces penetraba en su entendimiento. Constanca y su abuela se esforzaban en conmoverla, pero había otro que trabajaba en convencerla.

El primogénito de Constantino, el heredero del Imperio, Crispo, profesaba á su hermana un cariño entrañable; visitábala á menudo; complaciase en conversar con ella; recibía con respeto los consejos de su abuela; poco á poco fué sintiendo por Lea el mismo afecto que su hermana, y quiso también alumbrar aquel entendimiento rebelde, y tan digno, sin embargo, de conocer y adorar la verdad. Recordó Crispo las lecciones de su maestro Lactancio, y con elocuencia persuasiva exponía á la joven patricia los dogmas cristianos. En estas conversaciones parecía que los decrepitos ídolos á quienes Lea quería ofrecer su incienso, temblaban en sus cimientos cuando el joven Crispo les quitaba el

velo y hacia patentes las groseras fabulas que los habían inventado; en estas mismas fábulas descubría un resto de la verdad primera revelada á los padres del género humano; y luego, dejando la idolatría y los vicios divinizados por ella, desplegaba á los ojos de Lea la noble historia del Cristianismo desde el origen de las cosas hasta el momento en que, suscitado por Dios omnipotente, su padre Constantino, á quien nombraba con respetuoso orgullo, había dado al mundo la paz y la libertad!

—¡Juzgadnos por nuestras máximas, juzgadnos por nuestros actos! (decía como en otro tiempo el filósofo cristiano Atenágoras dirigiéndose á Marco Aurelio); ¿en qué preceptos nos hemos nutrido? *Yo os lo digo: Amad á vuestros enemigos, bendecid á los que os maldicen, rogad por los que os persiguen, para que sedis hijos del Padre celestial que hace brillar su sol sobre los buenos y sobre los malos.*

—Estos preceptos son admirables, contestó Lea; pero ¿los observan todos los cristianos? Ved, Príncipe, ved á Fausta, vuestra madre política; es cristiana, asiste á vuestras ceremonias, cree vuestros dogmas, y no obstante os odia á Vos que no sois enemigo suyo, é intenta perderos sin que le hayáis hecho ningun mal. Esos paganos, á quienes aborrecéis, á lo menos se mantienen fieles á sus amigos y parientes, y destestan sólo á sus enemigos.

—Fausta, repuso el joven, es oriunda de una raza dura y bárbara; su padre Maximiano fué uno de los más crueles perseguidores de nuestros hermanos, ¿y qué extraño es que conserve alguna señal de su origen? Aborrece en mí, no mi persona, sino el título de primogénito, el nombre de César, que quita á sus hijos pretensiones sobre el Imperio; su odio es solamente ambición, y su resentimiento un amor maternal mal dirigido.

—No puedo olvidar, añadió la emperatriz Elena, que salvó la vida á mi hijo Constantino, y que le defendió contra el furor de su padre.

—Como Hipermenestra salvó á su joven marido de la cólera de Danao, interrumpió Lea sonriendo.

—Vos siempre con vuestras fabulas, dijo Crispo; os hago gracia de la que acabáis de citar porque Horacio la ha cantado, y digo con la Emperatriz que debemos gratitud á Fausta, que salvó una vida preciosa, y á quien debo un gran respeto, pues mi padre la tomó por esposa.

Lea reflexionaba, y dijo conmovida:

—Sois un verdadero cristiano, Príncipe, puesto que seguís la máxima de vuestro Maestro de perdonar á los enemigos y bendecir á los que os maldicen: lo sois, no solo de palabra, sino de obra.

(Se continuará).

LIBROS PARA OCTUBRE

El Rosario y su mística filosofía, 475 pías. en tela. — El mes de Octubre consagrado á Ntra. Sra. del Rosario, 4750 pías. en piel. — Mes del Rosario, 475 pías. en piel. — Mucho Rosario. Libro n.º 24 de *Conversaciones de hoy sobre materias de siempre*, 4 pías. ciento. — El Santísimo Rosario, 10 cént. ejemplar. — El Rosario en la Misa, 38 cént. — Manual del Santísimo Rosario, 225 pías. tela. — El Serafin encarnado, 4 pías. en rústica, y 4750 en pergamino. — Mes de Octubre consagrado al Seráfico Patriarca San Francisco de Asís, 3 pías. en rústica, y 4 en tela. — Vida de San Francisco de Asís, 48 cént. — Vida de San Francisco de Asís, 150 pías. en tela. — Guía práctica de los Hermanos de la V. T. O. de nuestro Padre San Francisco, 75 cént. ejemplar. — La mujer grande. Vida meditada de Santa Teresa de Jesús, 9 pías. rústica, y 1275 pasta. — Triduo á Santa Teresa, 5 cént. — Espíritu de Santa Teresa de Jesús, 475 en tela. — Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

ANUNCIOS

OBRA NUEVA

EL DEVOTO DEL PURGATORIO

Ó SEA MISA Y ORACIONES EN FAVOR DE LAS BENDITAS ANIMAS.

POR EL P. ANTONIO DONADONI, S. J.

La piedad con los difuntos es uno de los primeros sentimientos del corazón humano que siente dentro de sí deseo vivísimo de con súplicas y sacrificios, aliviarles en sus penas y auxiliarles para que cuanto antes puedan las almas que están detenidas en el purgatorio gozar de la bienaventuranza eterna.—El libro del P. Donadoni, es guía del fiel en esta piadosa devoción y contiene: *La Santa Misa*.—*Rosario para los difuntos*.—*Devoción á las benditas ánimas*.—*Devoción á la santísima Pasión por las ánimas del Purgatorio*.—*Devotísimo ofrecimiento de la Sagrada Pasión de Nuestro Señor Jesucristo por las benditas ánimas del Purgatorio distribuido en los siete días de la semana*.—*Devoción llamada de los «Cien Requiem»*.—*Confesión y Comunión*.—*Via Crucis*.—*Visita al Santísimo Sacramento*.—*Devoción á Jesús, María y José por el primero de cada mes*.—*Consideraciones para asistir al santo sacrificio de la Misa*.—*Trisagio de la Santísima Trinidad*.—*Día diecinueve*.—*Devoción al castísimo Patriarca San José*.—*Humilde rogativa al glorioso San Antonio de Padua*.—*Responsorio de San Antonio de Padua, etc., etc.*

Véndese encuadernado en piel á 1 pta. ejemplar.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Librería y Tipografía Católica, Pino 5, Barcelona.

OBRA NUEVA

DE MI COSECHA. Cuentos varios, por Norberto Torcal.—1 tomito en 8.º, 75 céntos. en rústica, y 1'25 en tela.

NUEVAS ESTAMPAS

SAN JOSÉ DE CALASANZ

Precioso fotograbado reproducción del célebre cuadro del distinguido pintor español, residente en Roma, Sr. Estruch. El Santo sostiene con su mano izquierda un libro, en cuyas abiertas páginas se lee la hermosa frase: *Timor Domini est initium sapientiæ*; y apoya la derecha en la espalda de hermoso niño. Impreso en papel mate superior, tamaño 40 centímetros largo por 34 ancho; véndese al ínfimo precio de 50 céntimos ejemplar.

SAN JUAN DE DIOS

Precioso fotograbado reproducción, al igual que el anterior, de piadoso y artístico cuadro del Sr. Estruch. Representa al Santo llevando en brazos á Jesucristo en forma de pobre mendigo; dibujadas ambas figuras con magistral perfección y rodeadas por hermoso efecto de luz, están llenas de piadoso sentimiento. Impreso en excelente papel mate, tamaño 40 centímetros largo por 34 ancho, y véndese á 50 céntimos ejemplar.

Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona

ADVERTENCIA

Hay existencia de LAS MISIONES CATÓLICAS de los cinco años publicados. Forma cada uno un precioso tomo de cerca seiscientas páginas, con más de doscientos grabados, y se vende á 14 ptas. en rústica, y 18 en tela con elegante plancha dorada. Por correo y en paquete certificado, 15 pesetas en rústica, y 19 encuadernado.

Los señores subscriptores que deseen adquirir lujosas cubiertas con lomo de chagrín y combinaciones en negro y dorado, las recibirán por correo mediante el anticipo de 3 pesetas.